

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

EL ENFERMO IMAGINARIO

13065/4

PERSONAJES

ARGÁN, enfermo imaginario.
 BELINA, mujer de Argán en segundas nupcias.
 ANGÉLICA, hija de Argán y enamorada de Cleanto.
 LUISITA, hija de Argán y hermana de Angélica.
 BERNARDO, hermano de Argán.
 CLEANTO, galán de Argélica.
 SEÑOR DIAFORRUS, médico.
 TOMÁS DIAFORRUS, hijo del médico y pretendiente de Angélica.
 SEÑOR PURGÓN, médico de Argán.
 SEÑOR FLEURANT, boticario.
 SEÑOR BUENAFÉ, notario.
 TOÑETA, criada.

La acción en París

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ARGÁN, solo en su aposento, donde, sentado a una mesa, revisa las cuentas que le envía su boticario. Computaba sus cálculos con ayuda de fichas de juego, y mientras computa monologa

ARGÁN.—Tres y dos, cinco, y cinco, diez, y diez, veinte. Tres y dos cinco. *(Leyendo.)* "Día 24: una lavativa insinativa, preparativa y emoliente para humedecer y refrescar los intestinos del señor..." Este Fleurant, mi boticario, me agrada por la cortésia con que reduce sus notas: "Los intestinos del señor, treinta sueldos." Vamos, señor Fleurant: no basta ser cortés; hay, además, que no arruinar a los enfermos. ¡Treinta sueldos una lavativa! Soy muy servidor vuestro, pero ya os dije que no. En las demás ocasiones me las habéis puesto a veinte sueldos, y veinte sueldos en lenguaje de boticario son diez sueldos. Hechos aquí, "¡Iem más el mismo día: un buen clíster detergente compuesto de diacatolición superior, con ni-barbo, miel rosada y otros ingredientes según receta, para lavar, limpiar y purgar el bajo vientre del señor, treinta sueldos." Serán diez sueldos, con vuestro permiso. "¡Iem más, el mismo día: un jarabe hepático, soporífero y somnífero preparado para hacer dormir al señor, treinta y cinco sueldos." De esto no me quejo, porque me hizo dormir bien. Por lo tanto apartemos diez, quince, dieciséis, diecisiete sueldos y seis dineros. "Día 25: una buena medicina purgativa y tonificante, compuesta de casia fresca, hojas de sen levantino y otros ingredientes, según la receta del doctor Purgón, para expulsar y evacuar la bilis del señor, cuatro libras." ¡Hola, señor Fleurant, no os buréis! Pensad que habéis de vivir de los enfermos. El doctor Purgón no os prescribió que pusierais cuatro francos. Sean tres libras, si os place. Apartemos, pues, treinta sueldos. "¡Iem más, el mismo día: una poción analgésica y astingente para calmar al señor, treinta sueldos." Bien, quince sueldos. "Día 26: un clíster carminativo para suprimir los eructos del señor, treinta sueldos." Diez sueldos, señor Fleurant. "¡Iem más, el mismo clíster repetido a la noche, treinta sueldos." Señor Fleurant, diez sueldos. "Día 27: una buena medicina compuesta para apresurar la expulsión de los humores perniciosos del señor, tres libras." Bien: treinta sueldos; me alegro de que seáis razonable. "Día 28: una dosis de suero clarificado y endulzado para suavizar, mitigar y refrescar la sangre del señor, veinte sueldos." Bueno, diez sueldos. "¡Iem más, una porción cordial y preventiva, cucharada con doce granos de bezoar, jarabe de limón y granada y otros ingredientes, según receta, cinco libras." ¡Ah, señor Fleurant, tened, tened! Si así cobráis no ha-

brá quién quiera ponerse enfermo. Contentaos con cuatro francos. Por tanto, cuarenta sueldos. Tres y dos, cinco, y cinco, diez, y diez, veinte. La suma total es sesenta y tres libras, cuatro sueldos y tres dineros. Así, este mes he tomado una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho medicinas; y una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce lavativas. En cambio el otro mes fueron doce medicamentos y veinte lavativas. No me extraña, en consecuencia, andar este mes peor que el otro. Se lo diré al doctor Purgón, para que lo remedie. Ea, que se me quite esto de delante. Pero no, no hay nadie. ¡Ya puedo or-

denar lo que quiera, que no hay modo de que ninguno en la casa esté nunca aquí! Todos me dejan solo. (*Empuña una campanilla.*) No me oyen jamás y mi campanilla hace suficiente ruido. ¡Tilín, tilín, tilín! Nada. ¡Tilín, tilín, tilín! Están sordos. ¡Toñeta! ¡Tilín, tilín, tilín! Como si no tocase. ¡Perra, brhonal! ¡Tilín, tilín, tilín! (*Deja de tocar y sigue llamando a voces.*) ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Oh! ¡Tilín tilín tilín, puerca del demonio! ¿Es posible que se deje así solo a un pobre enfermo? ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Cuan lamentable es estol! ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Ay, Dios mío, van a dejarme morir abandonado! ¡Tilín, tilín, tilín!

ESCENA II

ARGÁN, TOÑETA

TOÑETA (*entrando*).—¡Voy!
ARGÁN.—¡Ah perra! ¡Ah, perdidal!
TOÑETA (*hingiéndose a haberse lastimado*).—¡Diantra con vuestra impaciencia! Tanta prisa dais, que me he golpeado la cabeza contra el pico de una contraventana.
ARGÁN (*encolerizado*).—¡Ah traído-fal!
TOÑETA (*quejándose para impedirle protestar*).—¡Ay!
ARGÁN.—Hace...
TOÑETA.—¡Ay!
ARGÁN.—Hace una hora...
TOÑETA.—¡Ay!
ARGÁN.—Me has dejado...
TOÑETA.—¡Ay!
ARGÁN.—¡Ay!
TOÑETA.—¡Ay!
ARGÁN.—Calla, pícarra; ¡no ves que te reprendió?
TOÑETA.—A fe que está bueno eso después de lo que me he hecho.
ARGÁN.—Me haces desgaharme, puerca.
TOÑETA.—Y vos me habéis hecho rompetme la cabeza. Váyase lo uno por lo otro.

ARGÁN.—¿Cómo, bellaca?
TOÑETA.—Si me reprendéis lloraré.
ARGÁN.—¡Dejarme, traidora...!
TOÑETA.—¡Ay!
ARGÁN.—¿Prendes perra...?
TOÑETA.—¡Ay!
ARGÁN.—¿Será posible que no tenga ni el placer de reñirla?
TOÑETA.—Me lo impides con tus quejas.
TOÑETA.—Si queréis tener el placer de reñirme yo quiero tener el placer de llorar. No es mucho pedir.
ARGÁN.—Bien: habré de pasar por esto. Quitame estas cosas de aquí, brhona. (*Se levanta.*) ¿Ha obrado bien mi lavativa de hoy?
TOÑETA.—Vuestra lavativa?
ARGÁN.—Sí. ¿He expulsado bastante bilis?
TOÑETA.—Yo no me mezclo en esas cosas. Al señor Fleurant le corteponde meter ahí la nariz, puesto

que es quien saca partido de ello.
ARGÁN.—Tened agua hirviendo para la próxima lavativa, que debo tomar dentro de poco.
TOÑETA.—Ese señor Fleurant y ese señor Purgón sacan buen provecho de vuestro cuerpo. Buena vaca de leche sois para ellos, y me gustaría preguntarles cuál es vuestro mal, que tantos remedios exige.

ARGÁN.—Cállad, ignorante; que no os corresponde a vos intervenir en las prescripciones de la medicina. Llama a mi hija Angélica, que debo hablarla.
TOÑETA.—Ha adivinado vuestro pensamiento, porque ahí viene.

ESCENA III

Los mismos y ANGÉLICA

ARGÁN.—Acercaos, Angélica. A propósito venis, pues quiero hablaros.
ANGÉLICA.—Dispuesta estoy a oír.
ARGÁN (*corriendo hacia fuera*).—

Dadme el bastón y esperad, que necesito... Vuelvo en seguida.
TOÑETA (*burlesca*).—Acabad pronto, señor, acabad pronto. ¡El trabajo que nos da ese señor Fleurant!

ESCENA IV

ANGÉLICA, TOÑETA

ANGÉLICA (*hablando a la sirvienta con confianza y mostrando un talante muy languido*).—¡Toñeta!
TOÑETA.—¿Qué?
ANGÉLICA.—Mirame.
TOÑETA.—Ya os miro.
ANGÉLICA.—¡Toñeta!
TOÑETA.—¿Qué?
ANGÉLICA.—¿No adviñas de qué quiero hablarle?
TOÑETA.—¡Cualquiera lo dudal! De vuestro joven galán. Seis días ha que nuestras pláticas sólo se ocupan en él, y nunca os sentís tranquila si no habláis de lo mismo a toda hora.
ANGÉLICA.—Si lo sabes, ¿por qué no eres tú la primera en empezar este trabajo de hacerlo?
TOÑETA.—No me dais tiempo, y tan

de continuo os referís a eso que no me permitís anticiparme.
ANGÉLICA.—Es verdad que no me canso de hablar de él y que mi corazón aprovecha todos los momentos de hacerle confianza. Pero dime: ¿condenas tú los sentimientos que tengo por mi enamorado?
TOÑETA.—Me libraré bien.
ANGÉLICA.—¿Hago mal abandonándome a estas dulces impresiones?
TOÑETA.—No digo eso.
ANGÉLICA.—¿Quisieras que fuese insensible a las tiernas seguridades que de su pasión ardiente me da?
TOÑETA.—No lo permitas Dios.
ANGÉLICA.—¿No hallas, como yo, en nuestro inopinado conocimiento?

TOÑETA.—Sí.
ANGÉLICA.—¿No encuentras que el tomar mi defensa sin conocerme fue acto de hombre de pro?
TOÑETA.—Sí.
ANGÉLICA.—¿Y que no puedo hacerlo más generosamente?
TOÑETA.—De acuerdo.
ANGÉLICA.—¿Y verdad que lo efectué con infinita gracia?
TOÑETA.—¡Oh, sí!
ANGÉLICA.—¿No te parece que es mozo de buen tallo?
TOÑETA.—Sin duda.
ANGÉLICA.—¿Y que en sus discursos y acciones hay gran nobleza?
TOÑETA.—De cierto.
ANGÉLICA.—¿Que no es posible oír cosas más apasionadas que las que me dice?
TOÑETA.—Es verdad.
ANGÉLICA.—¿Y que es tristísimo que el rigor con que se me mantiene

impida toda expansión de ese munito ardor que el ciclo nos inspira?

TOÑETA.—Tenéis razón.
ANGÉLICA.—Pero, ¿crees, Toñeta, que me ama como me dice?
TOÑETA.—Esas cosas están sujetas a debate. Los fingimientos de amor se parecen mucho a la verdad y yo he hallado en ello grandes comediantes.
ANGÉLICA.—¿Qué dices, Toñeta? Dado cómo me habla, ¿podría engañarme?
TOÑETA.—En todo caso pronto lo veréis, ya que os escribí ayer que pensaba pedirlos en matrimonio. Esa será buena prueba.
ANGÉLICA.—Si me engaña, Toñeta, nunca más crearé a hombre alguno.
TOÑETA.—Ahí vuelve vuestro padre.

ESCENA V

ARGÁN, ANGÉLICA, TOÑETA

ARGÁN (*sentándose*).—Hija, quiero daros una noticia que quizá no esperáis: me han pedido vuestra mano. ¡Ah! ¿Reís? Ya sé que hablar de casamiento es placentero para las muchachas. ¡Oh, natura, natura! Según veo, hija, no necesito preguntaros si os deseáis casar.
ANGÉLICA.—Haré, padre, cuanto os complacezca mandarme.
ARGÁN.—Celebro tener una hija tan obediente. Por tanto, sabed que el trato es cosa hecha y que he concedido vuestra mano.
ANGÉLICA.—Mi obligación, padre, es seguir ciegamente vuestra voluntad.
ARGÁN.—Mi mujer, y madrastra vuestra, deseaba haceros entrar en un convento, y vuestra her-

mana Luisita también. Ha mucho que insiste en eso.
TOÑETA (*aparte*).—¡Sus razones tiene, la bellaca!
ARGÁN.—No quería, pues, consentir en vuestro matrimonio, pero me he impuesto y he dado mi palabra.
ANGÉLICA.—¿Cuánto os agradezco vuestras bondades, padre!

TOÑETA.—En verdad, señor, habéis obrado bien; y ésta es la acción más discreta que os he visto en vuestra vida.
ARGÁN.—Aún no conozco a tu futuro, pero me han dicho que nos contentará a ti y a mí.
ANGÉLICA.—Seguramente, padre.
ARGÁN.—¿Acaso lo conoces?
ANGÉLICA.—Puesto que vuestro consentimiento me autoriza a fran-

quearos mi corazón, no negaré que el azar me hizo conocerle hace seis días y que la petición que os ha formulado es efecto de la inclinación que desde que nos vimos experimentamos ambos.
ARGÁN.—No me lo habían dicho así, pero me alegro y vale más que las cosas ocurran de ese modo. Afírmame que es un manco de buen talante.
ANGÉLICA.—Sí, padre mío.
ARGÁN.—De aventajada talla.
ANGÉLICA.—Sin duda.
ARGÁN.—De agradable persona.
ANGÉLICA.—Cierto.
ARGÁN.—De atractiva fisonomía.
ANGÉLICA.—Muy atractiva.
ARGÁN.—Discreto y bien nacido.
ANGÉLICA.—En absoluto.
ARGÁN.—Muy honrado.
ANGÉLICA.—Honradísimo.
ARGÁN.—Y habla bien el latín y griego.
ANGÉLICA.—Eso no lo sé.
ARGÁN.—Y recibirá el título de médico dentro de tres días.
ANGÉLICA.—¿De médico, padre?
ARGÁN.—Sí. ¿No te lo dijo?
ANGÉLICA.—No, en verdad. ¿Quién os lo dijo a vos?
ARGÁN.—El señor Purgón.
ANGÉLICA.—¿Le conoce el señor Purgón?
ARGÁN.—¿Cómo no va a conocerle si es su sobrino carnal?
ANGÉLICA.—¿Es Cleanto sobrino del señor Purgón?
ARGÁN.—¿Cleanto? Estamos hablando del que te ha pedido en matrimonio.
ANGÉLICA.—Ese digo.
ARGÁN.—Pues es sobrino del doctor Purgón, el cual es cuñado del doctor Diaforus, y tu pretendiente, hijo de Diafortus, se llama Tomás y no Cleanto. Esta mañana el señor Purgón, el señor Fleurant y yo hemos acordado vuestro matrimonio y mañana vendrán mi futuro yerno y su padre. Más, ¿qué os pasa? Parecéis atónita.
ANGÉLICA.—Es, padre, que advierto

que vos habláis de una persona y yo de otra.
TOÑETA.—¡Hola, señor! ¿Tan chusco designo se os ha ocurrido? ¿Casar a vuestra hija con un médico, teniendo la mucha hacienda que tenéis?

ARGÁN.—Sí, desvergonzada entremetida, que intervenes en lo que no te compete.
TOÑETA.—Calmos, por Dios; siempre empezáis por las invectivas. ¿No podemos discutir sin incoordinarnos? ¿Hablamos con sereni dad, ¿qué razón tenéis para tal casamiento?
ARGÁN.—La razón de que, estando tan enfermo como estoy, me convienen un yerno y unos parientes médicos, a fin de gozar de buen socorro en mis dolencias, de tener en mi familia la fuente de los remedios que me son necesarios, y de hallarme en igual caso respecto a consultas y recetas.
TOÑETA.—Eso es dar una razón; y hallo grato discutir con esta placidez. Pero ponos la conciencia en la mano, señor, y decidme: ¿acaso estáis enfermo?
ARGÁN.—Y cómo si estoy enfermo, insolente bellaca!
TOÑETA.—Bien, señor, no discutamos. Estáis enfermo, enfermo, y más de lo que pensáis. Pero quien se casa es vuestra hija, y como no está enferma no necesita médico.
ARGÁN.—Le doy ese médico pensando en mí, y' como buena hija se sentirá satisfecha de estar con quien sea útil a la salud de su padre.
TOÑETA.—¿Queréis, señor, que os dé un consejo de amiga?
ARGÁN.—¿Qué consejo es ése?
TOÑETA.—Que no penséis en tal matrimonio.
ARGÁN.—¿Por qué?
TOÑETA.—Porque vuestra hija no consentirá.
ARGÁN.—¿Que no consentirá?
TOÑETA.—No.

ARGÁN.—¡Mi hija?
TOÑETA.—Vuestra hija. Os diré que nada quiere tener que ver con el señor Diafoirus, ni con su hijo Tomás Diafoirus, ni con todos los Diafoirus del mundo.
ARGÁN.—Aparte lo que dije, el partido es ventajoso. El señor Diafoirus no tiene más heredero que ese hijo, y como el señor Purgón carece de hijos y mujer, cede toda su fortuna en favor del matrimonio, y has de saber que el doctor Purgón posee sus buenas ocho mil libras de renta.
TOÑETA.—A mucha gente debe haber matado, para ser tan rico.
ARGÁN.—Ocho mil libras de renta son algo, sin contar la hacienda del padre del novio.
TOÑETA.—Todo eso está bien, señor, pero yo insisto en mi consejo de que no conviráis a vuestra hija en señora Diafoirus.
ARGÁN.—Pues yo quiero que sea así.
TOÑETA.—¡No digáis eso!
ARGÁN.—¿Cómo que no lo diga?
TOÑETA.—No.
ARGÁN.—¿Por qué no?
TOÑETA.—Porque se dirá que habiáis sin pensar lo que decís.
ARGÁN.—Digan lo que quisieren, que yo aseguro que cumpliré la palabra dada.
TOÑETA.—Vuestra hija no querrá.
ARGÁN.—Querrá o la recluire en un convento.
TOÑETA.—¿Vos?
ARGÁN.—Yo.
TOÑETA.—¡Bueno!
ARGÁN.—¿Qué significa ese "¡bueno!"?
TOÑETA.—Que no la recluireis en un convento.
ARGÁN.—¿Que no la recluire?
TOÑETA.—No.
ARGÁN.—¿No?
TOÑETA.—No.
ARGÁN.—¡Pardiez que esto es jo-coso! ¿No llevaré a mi hija a un convento, si quiero?
TOÑETA.—No.

ARGÁN.—¿Quién me lo impedirá?
TOÑETA.—Vos mismo.
ARGÁN.—¿Yo?
TOÑETA.—Sí, porque no tendréis co-razón para hacerlo.
ARGÁN.—Lo tendré.
TOÑETA.—¡Palabrasi!
ARGÁN.—No son palabras.
TOÑETA.—La ternura paternal os lo impedirá.
ARGÁN.—No me lo impedirá.
TOÑETA.—Un par de lagrimitas, un abrazo, un "papaño lindo", pronunciado con dulzura bastarán pa-
ra conmoveros.
ARGÁN.—Todo eso no servirá de nada.
TOÑETA.—Sí, sí.
ARGÁN.—Os digo que no.
TOÑETA.—¡Frustrastasi!
ARGÁN.—Nada de eso.
TOÑETA.—Os conozco y sé que sois bueno por naturaleza.
ARGÁN (*airado*).—No soy bueno sino malo cuando se me antoja.
TOÑETA.—Calmaos, señor, y acordaos que estáis enfermo.
ARGÁN.—Ordmo absolutamente a mi hija que se disponga a tomar el marido que le destino.
TOÑETA.—Pues yo se lo prohibo en absoluto.
ARGÁN.—¿Qué es esto? ¿Osa una pícara de sirvienta hablar de tal modo a su señor?
TOÑETA.—Cuando el señor no sabe lo que dice, corresponde a la sirvienta corregir sus yerros.
ARGÁN. (*corriendo tras Toñeta*).—¡Ah, insolentel! ¡Voy a matarte!

ESCENA VI

Los mismos y BELINA

TOÑETA.—Nunca consentiré en ese matrimonio.
ARGÁN.—¡Descaradad!
TOÑETA.—No quiero que Angélica se case con Tomás Diafoirus.
ARGÁN.—¡Puerca!
TOÑETA.—Y me obedecerá más que a vos.
ARGÁN.—Angélica, sujétame a esa bribona.
ANGÉLICA.—Cuidad de que el ajetreo no os perjudique, padre.
ARGÁN.—Si no me la sujetas, te maldeciré.
TOÑETA.—Y yo la desheredaré si os obedece.
ARGÁN (*delirándose caer en la silla, rendido*).—¡Ah, ah, ah! No puedo más. Voy a morir.
BELINA.—No os incomodéis tanto.
ARGÁN.—Hace no sé cuanto que os dije que la despidieras.
BELINA.—¡Por Dios, hijo mío! No hay criados ni criadas que no tengan defectos. A veces hay que tolerar sus malas cualidades pensando en las buenas. Toñeta es hábil, diligente, cuidadosa y sobre todo fiel, y vos sabéis que ahora es preciso andar muy despiertos con los sirvientes que se toman.
¡Hola, Toñeta!
TOÑETA.—¿Señora?
BELINA.—¿Por qué encolerizáis a mi marido?
TOÑETA (*melosa*).—¿Yo, señora? ¡Si no pienso más que en complacer al señor en cuanto me mandad!
ARGÁN.—¡Ah, embustera!
TOÑETA.—Nos ha dicho que quería casar a su hija con el hijo del señor Diafoirus y le he respondido que el partido me parecía ventajoso para ella, pero que valía más llevarla a un convento.
BELINA.—No hay en eso nada malo y Toñeta tiene razón.
ARGÁN.—¿La creéis, amor mío? Es una malvada, que me ha dicho cien insolencias.
BELINA.—Os creo, amigo mío. Seguros. Toñeta, si volvéis a entrar a mi marido, os pondré en la calle. Ea, dadme su capa de piel

y sus almohadas, para que le acomode en su sillón. Ya estáis. Me tocos bien el gorro hasta las orejas, porque ningún catarro es peor que el que por los oídos se contratae.

ARGÁN.—¡Ah, amiga mía, y cuán obligado os estoy a los cuidados que por mí os tomáisi!

BELINA (*colocando las almohadas*).—Levantaos un poco, para que os ponga ésta debajo. Esta otra para apoyaros por este lado, y aquesta para apoyaros por éste.

Y ésta más a la espalda, y ésta para que reclinéis la cabeza. TONIERA (*poniendo ruidamente una almohada sobre la cabeza de su señor, y huyendo*).—Y ésta para que os libréis del relente.

ARGÁN (*levantándose airado a Toñera*).—¡Janda las almohadas a Toñera!—¿Quieres ahogarme, perdida?

BELINA.—¡Vamos, vamos! ¿Qué os pasa?

ARGÁN (*dejándose caer sin aliento en el sillón*).—¡Ah, ahí No puedo más.

BELINA.—¿Por qué os enfurdecéis?

Ella lo ha hecho por vuestro bien.

ARGÁN.—No conocéis, amor mío, la malicia de esa truhana. ¡Oh! Me ha puesto fuera de mí y necesitare más de ocho medicamentos y doce lavativas para recobrarne.

BELINA.—Ea, ea, amigo mío, apaciguaos.

ARGÁN.—Vos sois todo mi consuelo, amiga mía.

BELINA.—¡Pobre hijito!

ARGÁN.—Para agradeceros el amor que me dedicáis quiero, como os dije, hacer mi testamento.

BELINA.—No habiemos de eso, amigo mío, os lo ruego. No puedo sufrir esa idea, y sólo oír mencionar vuestro testamento me estremece dolorosamente.

ARGÁN.—Os dije que hablaseis de ello a vuestro notario.

BELINA.—¡Ahí está! lo he traído conmigo.

ARGÁN.—Hacedle entrar, amor mío. BELINA.—¡Ah, amigo mío! Cuando se ama a un esposo nunca se piensa en eso.

ESCENA VII

EL NOTARIO, BELINA, ARGÁN

ARGÁN.—Acercaos, señor Buenafé, acercaos. Sentaos si gustáis. Mi mujer, señor, me ha dicho que erais hombre honrado y amigo suyo, y la he encargado que os hablase de un testamento que deseo hacer.

BELINA.—Yo no soy capaz de hablar de estas cosas.

NOTARIO.—Vuestra esposa, señor, me ha explicado vuestras intenciones y el designio que tenéis en pro de ella; pero he de deciros ante todo que nada podéis legar a vuestra mujer en el testamento.

ARGÁN.—¿Por qué?

a una mujer que le cuida y ama con ternura. Habré de consultar a un abogado para ver lo que cabe hacer.

NOTARIO.—A los abogados no conviene ir, porque ordinariamente son severos e imaginan que es gran crimen disponer de los bienes propios detraendo la ley. Los juzgo gente dificultosa e ignara de las sutilezas de conciencia. Otras personas hay a quienes cabe consultar, por ser más acomodaticias y poseer expedientes para eludir a calladas la ley y torpar justo lo no permitido. Quienes os digo saben allanar los obstáculos de un negocio y hallar medios de evadirse al uso consuetudinario mediante algún sistema indirecto. Si no, ¿qué sería de los notarios?

En las cosas hemos de ser complacientes, pues, si no, no haríamos nada, ni daría yo un sueldo por nuestro oficio.

ARGÁN.—Me ha dicho con razón mi mujer, señor, que sois hombre sagaz y honrado. ¿Cómo puedo darle mis bienes y privar de ellos a mis hijas?

NOTARIO.—¿Cómo podéis? Pues escogiendo un amigo íntimo de vuestra esposa al que leguéis cuanto os sea dable. Luego él se lo entregará todo a ella. Además podéis contrar gran número de obligaciones, no sospechosas, en beneficio de diversos deudores que consistan en encubrir con su nombre el de vuestra mujer, en manos de la cual pondrán declaración de que lo que han hecho ha sido sólo en su servicio. También os es viable, mientras viváis, entregar a vuestra esposa todo el dinero contante que os sea posible, y efectos pagaderos al portador.

BELINA.—¡Por Dios! No os atormentéis con esta, hijo mío. Si vos falláis, para nada quiero contar en el mundo.

ARGÁN.—¡Amiga mía!

BELINA.—Sí, amigo mío: si tan desgraciada soy que os pierdo...

ARGÁN.—¡Querida esposa!

BELINA.—Para nada desearé seguir viviendo.

ARGÁN.—¡Amor mío!

BELINA.—Y seguiré vuestros pasos para haceros conocer mi ternura por vos.

ARGÁN.—Me desgarráis el corazón, amiga mía. Consolaos, os lo ruego.

NOTARIO.—Inoportunos son esas lágrimas, pues que el caso no ha llegado todavía.

BELINA.—No sabéis, señor, lo que es un marido terriblemente amado.

ARGÁN.—¡Cuánto deploraré, si muero, amiga mía, no tener un hijo vuestro! El señor Purgón me había prometido que me haría engendraros uno.

NOTARIO.—Y aun puede eso ocurrir.

ARGÁN.—Oloragemos el testamento, amor mío, como dice el señor. Pero, por precaución, quiero entregaros veinte mil francos en oro que escondo en los zócalos de mi alcoba, y dos efectos pagaderos al portador que poso contra los señores Dandón y Geranto.

BELINA.—No quiero nada de eso. ¡Ah! ¿Cuánto decís que hay en vuestra alcoba?

ARGÁN.—Veinte mil francos.

BELINA.—No me habléis de dinero, os lo ruego... ¿De cuánto son los efectos?

ARGÁN.—Uno de cuatro mil francos y otro de seis mil.

BELINA.—Todos los bienes del mundo, amigo mío, no valen para mí lo que vos.

NOTARIO.—¿Extendemos el testamento?

ARGÁN.—Sí, pero para ello estaremos mejor en mi despacho privado. Levadme allá, amor mío, os lo suplico.

BELINA.—Venid, pobre hijito.

ESCENA VIII

ANGÉLICA, TONÉTA

TONÉTA.—Ha venido con un notario y la he oído hablar no sé qué de testamento. Vuestra madrastra no se duerme y sin duda prepara contra vuestros bienes alguna conjura.

ANGÉLICA.—Que disponga de mis bienes a su capricho siempre que me deje disponer de mi corazón. Ya has visto, Toneta, cuán violentos designios se hacen contra mí. Te ruego que no me abandones en la extremidad en que me veo.

TONÉTA.—¿Abandonaros yo? ¡Antes la muertel! Por mucho que vuestra madrastra quiera hacerme confidente suya y atraerme a sus intereses, nunca he tenido inclinación por ella y he sido siempre de vuestro partido. Dejadme hacer; emplearé cuanto pueda en vuestro

servicio, pero, para ayudaros más eficazmente, voy a cambiar mis baterías, a encubrir mi afecto por vos y a fingir compartir los sentimientos de vuestro padre y vuestra madrastra.

ANGÉLICA.—Te ruego que proceures avisar a Cleanto de la asechanza que me tienden.

TONÉTA.—No tengo para eso otra a quien pueda emplear que Polichinela, un viejo usurero enamorado mío, al que convenceré con unas palabras dulces que no dejaré de decirle, en servicio vuestro. Pero hoy es muy tarde; mañana, pues, muy temprano, le haré buscar y él quedaría encantado de...

ANGÉLICA.—¡Tonéta! TONÉTA.—Me llaman. Buenas noches. Confíad en mí.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

TONÉTA, CLEANTO

TONÉTA.—¿Qué queréis, señor?

CLEANTO.—¿Qué he de querer?

TONÉTA.—¡Ah, sois vos! ¡Qué sorpresa! ¿Y a qué venís?

CLEANTO.—A hablar a la amable Angélica, a saber mi destino, a consultar los sentimientos de su corazón y a preguntarle cuáles son sus resoluciones sobre ese fatal matrimonio de que se me ha informado.

TONÉTA.—No es tan sencillo hablar a Angélica, sino que ello resulta harto más intrincado. Ya os hemos dicho la estrechez con que se la guarda, sin dejarla salir ni

hablar a nadie. A no ser por la

curiosidad de una tía anciana, que nos hizo obtener permiso para verla con el fin de que sabéis, nunca hubiera tenido lugar de nacer vuestra pasión. Y nos hemos librado muy bien de hablar de tal aventura.

CLEANTO.—No vengo aquí como tal Cleanto, ni como enamorado, sino como amigo del profesor de música de Angélica, el cual me ha autorizado a decir que le substituyo.

TONÉTA.—Ahí veo a mi señor. Retiraos un tanto y dejad que os anuncie.

ESCENA II

Los mismos y ARGÁN

ARGÁN.—El doctor Purgón me ha prescrito que pasee por la mañana, yendo de un lado a otro doce

veces y volviendo otras tantas, pero he olvidado preguntarle si debo pasear a la largo o a la anchura.

TONÉTA.—Señor, aquí está un...

ARGÁN.—Habla bajo, necia, que me trastornas el cerebro con tus voces. No ha de interpelarse así a los enfermos.

TONÉTA.—Quería decirlo, señor... ARGÁN.—Te repito que hables bajo.

TONÉTA.—Señor... (*hinge hablar en voz baja.*) ARGÁN.—¿Qué dices?

TONÉTA (*en voz fuerte*).—Que ahí está un hombre que quiere hablaros.

ARGÁN.—Que venga. (*Tonéta hace a Cleanto seña de que se acerque.*)

CLEANTO.—Señor... TONÉTA (*burlesca*).—No habléis tan alto, que podéis trastornar el cerebro del señor.

CLEANTO.—Señor, satisfácame veros levantado y saber que estáis mejor.

TONETA (*fingiendo ira*).—¿Cómo es eso de que está "mejor"? El señor sigue igualmente mal.

CLEANTO.—Había oído decir que estaba mejor y le encuentro muy buena cara.

TONETA.—¿Buena cara? El señor se siente muy mal y quienes os han dicho que está mejor son unos impertinentes. Nunca el señor se ha hallado tan mal.

ARGÁN.— *Mi sirviente tiene razón.*

TONETA.—El señor anda, come, bebe y duerme como todos, pero eso no obsta a que esté muy mal.

ARGÁN.—Es verdad.

CLEANTO.—Me siento desesperado, señor, viéndoos así. Vengo de parte del profesor de canto de vuestra señora hija, el cual ha tenido que

ir a pasar unos días en el campo, por lo que me envía a mí, que soy íntimo amigo suyo, para que le substituya, de manera que vuestra hija no pierda con la interrupción lo ganado ya.

ARGÁN.—Muy bien. Llamad a Angélica, Toneta.

TONETA.—Creo, señor, que valdrá más llevar al señor al aposento de vuestra hija.

ARGÁN.—No. Hacéosla venir.

TONETA.—No podrá dar la lección debidamente si no están a solas.

ARGÁN.—Sí, sí.

TONETA.—Señor, eso os aturdirá y en el estado en que os halláis puede trastornaros el cerebro.

ARGÁN.—No, no. Me gusta la música y me complacerá... ¡Ah, ya viene Angélica! Id vos a ver si mi mujer está vestida.

ESCENA III

ARGÁN, ANGÉLICA, CLEANTO

ARGÁN.—Acercaos, hija. Vuestro profesor de música se ha ido al campo y envía como substituto suyo a este señor.

ANGÉLICA.—¡Oh, cielos!

ARGÁN.—¿De qué os sorprendéis?

ANGÉLICA.—Porque...

ARGÁN.—¿De qué mañana esa emocionad?

ANGÉLICA.—Porque sobreviene aquí, padre mío, una asombrosa aventura.

ARGÁN.—¿Pues...?

ANGÉLICA.—He soñado esta noche que me hallaba en el mayor de

los aprietos y que una persona igual a este señor se presentaba, me socorría y me sacaba de mi apuro. Grande, pues, ha sido mi sorpresa al ver aquí a quien ha ocupado mi pensamiento durante la noche.

CLEANTO.—Fortuna es ocupar vuestro pensamiento, ya estéis despierta o dormida, y en verdad que mi dicha sería grande si os hallásets en algún trabajo del que pudierais libraros yo. Porque nada hay que no hiciese para...

ESCENA IV

Los mismos y TONETA

TONETA (*con irritación*).—A fe, señor, que os apruebo ahora y me desdigo de cuanto dije ayer. Ahí están los señores Diaforus padre e hijo, que vienen a visitaros; ¡Oh, qué buen yerno vais a tener! Veréis el mozo más ingenioso y mejor dispuesto del mundo. Sólo despatruhas ha dicho y me ha enenadado. Y aún más encantada quedará vuestra hija.

(*Cleanto hace ademán de irse.*)
ARGÁN.—No os vayáis, señor. Es que caso a mi hija y aquí viene su futuro, al que no conozco aún.

CLEANTO.—MUCHO me honráis, señor, haciéndome asistir a tan agradable entrevista.

ARGÁN.—Es hijo de un médico muy inteligente, y el casamiento se hará dentro de cuatro días.

CLEANTO.—Bien pensado.

ARGÁN.—Avisadlo al profesor de música de mi Angélica, para que asista a la boda.

CLEANTO.—No lo olvidaré.

ARGÁN.—También vos quedáis invitado.

CLEANTO.—Mucho honor me hacéis.

TONETA.—Aquí están.

ESCENA V

Los mismos más el Doctor Diaforus y su hijo Tomás

ARGÁN (*llevándose la mano al gorro, pero sin quitárselo*).—El doctor Purgón, señor, me ha prohibido describirme. Como vos sois del oficio ya conocéis las consecuencias.

DIAFORUS.—En todas nuestras visitas acudimos a aportar socorro y no incomodidad a los enfermos.

ARGÁN.—Recho, señor...

(*Los dos hablan a la vez, estorbando y confundiendo mutuamente sus razones.*)

DIAFORUS.—Venimos, señor...

ARGÁN.—Con mucha alegría recibimos...

DIAFORUS.—Mi hijo Tomás y yo...

ARGÁN.—El honor que me hacéis...

DIAFORUS.—A testimoniaros, señor...

ARGÁN.—Y hubiera deseado...

DIAFORUS.—Lo encantados que estamos...

ARGÁN.—Ir yo a vuestra casa...

DIAFORUS.—De la gracia que nos hacéis...

ARGÁN.—Para daros fe de mi simpatía...

DIAFORUS.—Al querer aceptarnos...

ARGÁN.—Pero vos sabéis, señor...

DIAFORUS.—En el honor, señor...

ARGÁN.—Que soy un pobre enfermo...

DIAFORUS.—De vuestra alianza...

ARGÁN.—Que no puede hacer más...

DIAFORUS.—Y aseguráros...

ARGÁN.—Que deciros aquí...

DIAFORUS.—Que en las cosas que de nuestra profesión dependan...

ARGÁN.—Que buscará todas las ocasiones...

DIAFORUS.—Y en todas las demás...

ARGÁN.—De haceros conocer, señor...

DIAPORUS.—Estaremos siempre prontos, señor...

ARÇÀN.—Que estoy a vuestro servicio...

DIAPORUS.—A testimoniaros nuestro celo... Venid, Tomás, y saludad.

(Tomás Diaporus es un gran sim-plón, recién salido de la Facultad y que todo lo hace con torpeza y a destiempo.)

Tomás.—¿No se saluda primero al padre?

DIAPORUS.—Sí.

Tomás.—Señor, vengo a saludar, reconocer, amar y reverenciar en vos a un segundo padre, pero un segundo padre al que me aventuro a decir que debo más que al primero. El primero me ha engendrado, pero vos me habéis escogido. El me recibió por necesidad; vos me aceptáis por gracia. De él recibí una obra de su cuerpo; de vos una obra de vuestra voluntad; y como las facultades espirituales son superiores a las corporales, tanto más os debo y tanto más preciosa juzgo esta futura parentela, de la que os rindo por adelantado humildísimos y respetuosísimos homenajes.

TONÈTA.—¡Vivan los colegios, que tan inteligentes hombres hacen!

Tomás.—¿He estado bien, padre mío?

DIAPORUS.—Optime.

ARÇÀN.—Saluda al señor, Angélica.

Tomás.—¿La beso?

DIAPORUS.—Sí, sí.
Tomás (a Angélica).—Señora, con justicia se os otorga el título de bella, y vuestro marido...

ARÇÀN.—No es mi esposa, sino mi hija.

Tomás.—¿Pues dónde está vuestra esposa?

ARÇÀN.—Ahora vendrá.

Tomás.—¿Espero a que venga, padre?

DIAPORUS.—Saludad a la señorita.

Tomás.—Señorita, de la misma suerte que la estatua de Memnón despedía un son armonioso cuando la iluminaban los rayos del sol, así me siento yo animado de un dulce transporte ante la aparición de vuestra belleza. De igual forma que los naturalistas observan que la flor llamada heliotropo gira sin cesar hacia el astro del día, desde este punto mi corazón girará siempre hacia los resplandecientes astros de vuestros ojos, como si ellos fueran su polo único. Tolerad, pues, señorita, que suspenda ante el altar de vuestros encantos la ofrenda de mi corazón, que no aspira a otra gloria sino a ser toda su vida humildísimo, obedientísimo y fidelísimo servidor y marido vuestro.

TONÈTA (burlescamente).—¡Lo que tiene el estudiar y qué cosas tan galanas se aprende a decir!

ARÇÀN.—¿Qué os parece?

CLEANTO.—Que el señor habla a maravilla, y que si es tan buen médico como buen orador resultará delicioso ser paciente suyo.

TONÈTA.—A fe que sí, y que será admirable si hace tan buenas curas como buenos discursos.

ARÇÀN.—Ea, pronto: mi sillón y asientos para todos. Acompaños ahí, hija. Ya veis, señor, que todos admiran a vuestro señor hijo y yo os considero feliz teniendo un mozo como él.

DIAPORUS.—No es porque sea su padre, pero estoy muy contento de Tomás. Todos los que le conocen convienen en que no tiene nada de despreciable. Nunca ha poseído la indignación muy viva, ni acreditado ese espíritu fogoso que en algunos se nota; pero de eso he deducido la ponderación de su discernimiento, cualidad necesaria en nuestra profesión. De pequeño nunca fue lo que se llama un niño vivo y despejado. Siempre se le veía dulce, apacible y taciturno, sin jugar jamás a los

entretenimientos infantiles. Costó mucho trabajo enseñarle a leer y nueve años tuvo antes de que supiera. Yo pensaba que los árboles tardos son los que mejor fruto dan y que, si bien sobre el mármol se graba con más trabajo que sobre la arena, la inscripción en cambio perdura más. En efecto la comprensión lenta y la imaginación pesada son señales de un futuro buen juicio. Cuando le mandé al colegio tuvo dificultades en él, pero se creció ante los obstáculos, y siempre sus profesores me loaban sus esfuerzos y aplicación. En fin, a fuerza de insistir, ha ganado gloriosamente sus diplomas y sin vanidad puedo decir que en los dos años que lleva en los bancos de nuestra Facultad ha promovido en nuestras discusiones más movimiento que todos los candidatos. Se ha hecho terrible y no se presenta nunca una tesis sin que él sostenga la contraria. Es firme en la polémica, recto como un turco en sus principios, inquebrantable en sus creencias y capaz de llevar sus razonamientos hasta los últimos confines de la lógica. Pero lo que más me place de él es que, a ejemplo mío, se aferra ciegamente a las opiniones de los antiguos y nunca ha querido comprender ni escuchar las razones y experiencias de los supuestos descubrimientos de nuestro siglo respecto a la circulación de la sangre y otros alegatos del mismo género.

Tomás (sacando un gran rollo de su bolsillo y ofreciéndolo a Angélica).—He redactado contra los partidarios de la circulación sanguinea una tesis que, con permiso del señor, os regalo a la señorita como homenaje que de las primicias de mi talento le hago.

ANGÉLICA.—Señor, inútil es eso para mí, porque nada entiendo de estas cosas.

TONÈTA.—Dádselo, dádselo. Siempre

valdrá para decorar nuestras habitaciones.

Tomás.—También con permiso del señor, os invito a que vengaís uno de estos días a divertiros viéndome practicar la disección de una mujer.

TONÈTA.—Agradable diversión será. Hay quienes ofrecen comedias a sus amadas, pero ofrecer una disección es mucho más galano.

DIAPORUS.—En cuanto a las cualidades requeridas para el matrimonio y propagación de la especie, os aseguro, señor, que, según las reglas de nuestros doctores, mi hijo es tal como se puede desear, ya que posee en alto grado la virtud prolífica y es de temperamento capaz de engendrar y procrear hijos de buenas condiciones.

ARÇÀN.—¿No os proponéis, señor, hacerle entrar en la Corte y buscarle en ella un cargo de médico? Diaporus.—A deciros verdad, ejercer nuestro oficio con los grandes no me ha parecido agradable nunca, y opino que nos vale más desarrrollado entre la gente común, que es tolerante. Con ella no se ha de responder ante nadie de nuestras acciones, y siempre que se sigan las reglas del arte, nada nos preocupa lo que pueda pasar. Pero resulta calamitoso ver que los grandes, cuando enferman, se empuñan absolutamente en que sus médicos les curen.

TONÈTA.—¡Bueno es eso! ¡Qué importancia ha de pediros que les curéis! No es tal vuestra misión, sino recibir pensiones y recetar remedios. Y luego, que ellos se curen si pueden.

DIAPORUS.—Verdad es. No estamos obligados a tratar a la gente sino según las fórmulas.

ARÇÀN (a Cleanto).—Señor, haced que cante mi hija ante los presentes.

CLEANTO.—Esperaba vuestras órdenes, señor, y se me ha ocurrido entretener a los aquí reunidos can-

tando con la señorita cierta escena de una opereta hecha ha poco. Tomad vuestra parte, señora.

ANGÉLICA.—¿Yo?

CLEANTO (*balto*).—No os neguéis y procurad comprender lo que es la escena que vamos a cantar. (*Alto*.) No tengo buena voz, pero basta que me hagan entender, y espero que tengáis la bondad de escucharme, dada la necesidad en que estoy de hacer cantara a la señorita.

ARGÁN.—¿Son buenos los versos?

CLEANTO.—Son los apropiados a personas que se encuentran de pronto y hablan sin preparación.

ARGÁN.—Bien. Os escuchamos.

CLEANTO.—El tema de la escena es este. Estaba un pastor atento a las bellezas de un espectáculo recién comenzado cuando atrajo su atención un tumulto que a su lado había. Volviéndose, vio a un grosero que con insolentes palabras maltataba a una pastora. El pastor toma la defensa de un sexo al que todos los hombres deben homenaje, castiga la insolencia del grosero, se dirige a la pastora y ve una persona que vierte lágrimas con los ojos más bellos que él haya contemplado jamás. “¿Cómo—piensa—hay quien sea capaz de ultrajar a tan amable persona? ¿Qué bárbaro, qué inhumano es el que no se conmueve ante tales lágrimas?” Procura enjugarlas, y la bella pastora le agradece su ligero servicio de manera tan encantadora, tierna y apasionada, que el pastor no puede resistir y siente que cada palabra y cada ademán es un dardo inflamado que penetra en su corazón. “¿Hay—reflexiona—cosa alguna que merezca agradecimiento semejante? ¿Qué servicios no se correrían y a qué peligros no se correrían para atraerse por un solo momento la conmovedora dulzura de un alma tan reconocida?” Transcurre el espectáculo sin que el pastor

lo atienda, antes bien, deplora que acabe la función demasiado pronto, puesto que ello le separa de su adorable pastora. Desde entonces experimenta un amor tan violento como el que varios años de afecto hubieran podido inspirar; empieza a sentir todos los males de la ausencia; y está atormentado de no ver a quien por tan corto tiempo ha mirado. Hace cuanto puede para renovar la entrevista que día y noche evoca con ilusión, pero el riguroso encierro en que se tiene a su pastora se lo impide. La intensidad de su pasión le lleva a querer pedir la mano de su amada, y para esto solicita y obtiene de ella—mediante un billete que deestramente le hace llegar—permiso para su solicitud. Entre tanto se le advierte que el padre de la zagala ha resuelto hacerla contraer otro enlace, para el que todo está ya a punto. Imaginad cuán cruel sufrimiento el del triste pastor. Colmado de mortal dolor, no puede soportar la idea de ver a su amada en brazos de otro y su desesperado amor le hace buscar medio de introducirse en casa de la pastora para saber cuáles son los sentimientos de ella y lo que él debe esperar. Llegar, hallarlo apostado todo y ve al indigno rival que el capricho de un padre opone a las ternuras de su amor. Encuentra a ese rival ridiculo triunfante junto a la bella pastora, con el air de quien tiene la conquista segura, y tal escena cílmate una cólera que difícilmente reprime. Dirige dolorosas miradas a la mujer adorada, mas su respeto y la presencia de su padre le impiden emplear otro lenguaje que el de los ojos. Al cabo, venciendo toda su restricción, le habla así (*canta*):

Declaradme si mi destino ha de ser vivir o morir.

ANGÉLICA (*cantando*).—

Melancólica y triste, Tirceis, ante este mi enlace me veis. Por mis suspiros y miradas lo que siento comprenderéis.

ARGÁN.—¡Cáspital! No creía yo que mi hija fuese tan diestra que supiese cantar a libro abierto, sin vacilación.

CLEANTO.—

¿Será posible, bella Filis, que de Tirceis el gran amor haya tenido la ventura de afectar vuestro corazón?

ANGÉLICA.—

No negaré en esta congoja que mi pecho, Tirceis, os ama.

CLEANTO.—

Repetid, ¡oh, mi dulce Filis!, vuestras hechiceras palabras.

ANGÉLICA.—

Os amo, Tirceis.

CLEANTO.—

Decidlo más.

ANGÉLICA.—

Os amo, Tirceis.

CLEANTO.—

¿Es de verdad?

ANGÉLICA.—

Os tengo, Tirceis, amor sin par.

CLEANTO.—
Dioses y reyes; ¡a la mía comparadéis vuestra ventura!
Más de un rival el pensamiento en esta dicha me conturba.

ANGÉLICA.—

Más que a la muerte le detesto y el verte me es suplicio cruel.

CLEANTO.—

Pues quiere un padre a ese suplicio vuestra ternura someter.

ANGÉLICA.—

Jamás, jamás, jamás, jamás, jamás, jamás, jamás, jamás, jamás, preferiré mejor morir.

ARGÁN.—Y el padre, ¿qué dice?

CLEANTO.—Nada.

ARGÁN.—¡Necio padre, que sufre tantas sandeces en silencio!

CLEANTO.—

Escucha, Filis, amor mío...

ARGÁN.—No. Basta. Esa comedia da muy mal ejemplo. El pastor Tirceis es un impertinente y la pastora Filis una desvergonzada al hablar de ese modo ante su padre. Mostradme vuestro papel. ¡Hola! ¿Dónde está la letra que habéis cantado? Aquí no veo más que música.

CLEANTO.—¿No sabéis, señor, que se ha encontrado ha poco la invención de escribir la letra con las mismas notas?

ARGÁN.—¿Sí, eh? Pues soy muy servidor vuestro, y hasta la vista. Podéis haberos aborrido vuestra impertinente ópera.

CLEANTO.—Cred divertiros. ARGÁN.—Las sandeces no divierten. ¡Ah, ahí llega mi mujer!

BELINA, ARGÁN, ANGÉLICA, TOÑETA, DIAFORUS, TOMÁS

ARGÁN.—Amor mío, éste es el hijo del señor Diaforus.

TOMÁS (*iniciando un cumplido que ha aprendido de memoria*).—Señora, con justicia se os otorga el título de bella, y vuestro marido ha de estar contento, porque se ve en vuestro rostro...

BELINA.—Calebro mucho, señor, lle-

gar con la oportunidad de veros rostro... en vuestro rostro...

Me habéis interrumpido en medio de mi clausula, señora, y eso me ha turbado la memoria.

DIAFORUS.—Dejadlo para otra ocasión, Tomás.

ARGÁN.—Quisiera, amiga mía, que hubieseis estado aquí ha poco.

TOÑETA.—Sí, señora; que os habéis perdido el segundo padre, la estalua de Memnón y la flor llamada heliotropo.

ARGÁN.—Ea, hija, dad la mano al señor y consideradlo como vuestro marido.

ANGÉLICA.—Padre...

ARGÁN.—¿Qué sucede?

ANGÉLICA.—Os ruego que no precipitéis las cosas. Darnos al menos tiempo de conocernos y de que nazca en nosotros la inclinación que tan necesaria es para formar una unión perfecta.

TOMÁS.—Por mí, señora, ya ha nacido y no necesito esperar más.

ANGÉLICA.—Si tan súbito sois, señor, no sucede lo mismo conmigo y os confieso que vuestro mérito no ha producido aún bastante impresión en mi alma.

ARGÁN.—Ya tendréis tiempo de que eso suceda cuando estéis casados.

ANGÉLICA.—Os suplico, padre, que nos concedáis tiempo. El matrimonio es cadena a que no deben someterse por fuerza los corazones, y si el señor es hombre hon-

rado no querrá aceptar a una persona que por imposición se le entrega.

TOMÁS.—Nego *consequentiam*, señora, y puedo a la vez ser hombre honrado y aceptar vuestra mano, pues me la concede vuestro señor padre.

ANGÉLICA.—Ruín modo de hacerse amar se emplear violencia sobre la mujer.

TOMÁS.—Leemos que los antiguos, señorita, tenían la costumbre de raptar por fuerza a las jóvenes con quienes deseaban casarse, arrancándolas así de casa de sus padres, para que no pareciese que ellas daban su consentimiento a entregarse en los brazos de un hombre.

ANGÉLICA.—Los antiguos, señor, eran los antiguos y nosotros somos nosotros. En nuestro siglo no se hacen tantos melindres y cuando un casamiento nos agrada, las mujeres sabemos ir a él sin que nos arrastren. Tend paciencia, señor. Si me amáis debéis querer cuanto yo quiera.

TOMÁS.—Sí, excepto en lo que perjudique a mi amor.

ANGÉLICA.—La gran muestra de amor es someterse a los mandatos de la amada.

TOMÁS.—*Distinguo*, señora; en lo que no ateca a la posesión, *concedo*; en lo que la respeta, *nego*.

TOÑETA.—Es inútil que razonéis Angélica: el señor acaba de salir del colegio y siempre os contestará con justicia. ¿Por qué resistís tanto y os negáis al honor de unros a un miembro de la métrica Facultad?

BELINA.—Quizá tenga en la cabeza alguna otra inclinación.

ANGÉLICA.—Si la tuviese, señora, sería tal que pudiesen permitirme la razón y la honradez.

ARGÁN.—¡Hola! ¡Buen papel estoy yo haciendo aquí!

BELINA.—En vuestro lugar, hijo, no la forzaría a casarse. Bien sé lo que haría.

ANGÉLICA.—Conozco, señora, lo que queréis decir y las bondades que tenéis conmigo; pero quizá vuestros consejos no tengan la fortuna de ser ejecutados.

BELINA.—Las jóvenes discretas y honradas, como vos, no se preocupan ya de ser sumisas y obedientes a la voluntad de su padre. Eso era bueno antaño.

ANGÉLICA.—El deber de una hija tiene sus límites, señora, y la razón y las leyes no se extienden a todo.

BELINA.—O sea que pensáis que para casaros podéis escoger esposo a vuestro capricho.

ANGÉLICA.—Si mi padre no quiere darme un marido que me agrade, al menos le pediré que no me haga casar con uno al que no puedo querer.

ARGÁN.—Señores, perdonadme todo esto.

ANGÉLICA.—Cada uno, al casarse, persigue su fin. Yo no quiero un marido más que para amarte de verdad y confieso que deseo tomar precauciones en lo que ha de ser una unión para toda la vida. Algunas buscan esposo para librarse del dominio de sus padres y poder hacer lo que les plazca. Otras, señora, convierten en granjería el matrimonio y sólo se casan para enriquecerse con la muerte de sus maridos, yendo, sin escrupulo, de esposo en esposo y apropiándose los despojos de todos. Mujeres así no andan con remilgos y se curan poco de la persona.

BELINA.—Razonadora estáis y me gustaría saber lo que queréis decir con eso.

ANGÉLICA.—¿Qué puedo querer decir, señora, sino lo que digo? BELINA.—Sois insopordablemente necia, amiga mía.

ANGÉLICA.—Bien desearas, señora, hacerme responder alguna impertinencia, pero no os daré esa ventaja.

BELINA.—Vuestra insolencia no tiene par.

ANGÉLICA.—Decid lo que queráis, señora.

BELINA.—Y poseéis un ridiculo orgullo y una impertinente presunción que hace encogerse de hombres a todos.

ANGÉLICA.—Nada conseguiréis, señora. Seré discreta a pesar vuestro, y para quitaros la esperanza de haceme decir lo que os proponéis, voy a retirarme.

ARGÁN.—Escucha: aquí no hay términos medios. O te casas dentro de cuatro días con el señor, o vas a un convento. No os enojéis, esposa, que yo sabré hacer entrar en cintura a Angélica.

BELINA.—Siento abandonaros ahora, hijo mío, pero tengo en la ciudad un asunto inaplazable. Volveré en segunda.

ARGÁN.—Id, amor mío, y pasad por casa del notario para lo que sabéis.

BELINA.—Adiós, amiguito.

ARGÁN.—Adiós, amiga mía. ¡Cómo me ama esta mujer! ¡Parece mentira!

DIAFORUS.—Nosotros nos vamos, señor.

ARGÁN.—Os ruego que me digáis cómo estoy.

DIAFORUS (*tomándole el pulso*).—Compulsa tú, Tomás, la otra muñeca del señor. *Quid dicit?*

TOMÁS.—Dico que el pulso del señor demuestra que no está nada bien.

DIAFORUS.—Justo.

TOMÁS.—Y que lo hallo algo fuerte.

DIAFORUS.—Sk.

TOMÁS.—Tanto, que rechaza el dedo al tocarle.

DIAFORUS.—Bene.

TOMÁS.—Lo noto irregular.

DIAFORUS.—Optime.

TOMÁS.—Lo que señala cierta des-templanza de la parénquima es- plénica, es decir, del bazo.

DIARFORUS.—Exacto.

ARGÁN.—El doctor Purgón dice que lo que tengo mal es el hígado.

DIARFORUS.—Quien dice parénquima, dice ambas cosas, ya que están muy relacionadas mediante el vaso corto del pñoro y los meatos colélicos. ¿Verdad que sin duda os ha prescrito comer la carne asada?

ARGÁN.—No, sino hervida.

DIARFORUS.—Asada y hervida viene a ser igual. Con prudencia os aconseja y no podéis estar en mejores manos.

ARGÁN.—¿Cuántos granos de sal me aconsejáis poner en cada huevo?

DIARFORUS.—Seis, ocho o diez, esto es, según números pares, así como en los medicamentos se emplean impares.

ARGÁN.—Hasta la vista, señor.

ESCENA VII

BELINA, ARGÁN

BELINA.—Antes de salir, hijo, vengo a daros aviso de una cosa que debéis remediar. Pasando ante la habitación de Angélica he visto a un hombre que ha huido al divi-sarme.

ARGÁN.—¿Un hombre con mi hija?

BELINA.—Sí, y Luisita, que estaba con ellos, podrá informaros.

ARGÁN.—Enviádmela aquí, amor mío. ¡Ah, la desvergonzada! Ahora comprendo su resistencia.

ESCENA VIII

LUISITA, ARGÁN

LUISITA.—¿Qué queréis, papá? Má-má me ha dicho que me llama-bais.

ARGÁN.—Venid acá, volveos, alzad los ojos y miradme. Vamos.

LUISITA.—¿Qué, papá?

ARGÁN.—Andad.

LUISITA.—¿Qué?

ARGÁN.—¿No tenéis nada que de-cirme?

LUISITA.—Si queréis os diré, para divertirlos, el cuento de la Piel del Asno, o la fábula del Zorro y el Cuervo, que hace poco me han enseñado.

ARGÁN.—No te pido eso.

LUISITA.—¿Pues qué?

ARGÁN.—¿De seguro?

LUISITA.—De seguro.

ARGÁN.—Pues yo voy a hacerlos ver algo a vos. *(Empuña un látigo.)*

LUISITA.—¡Oh, papá!

ARGÁN.—¡Ah, embusteral! ¿Por qué no me decís que habéis visto a un hombre en el cuarto de vuestra hermana?

LUISITA.—¡Papá!

ARGÁN.—Esto os enseñaré a men-tir.

LUISITA *(arrojándose)*.—Os pido perdón, papá. No so lo dije por que mi hermana me mandó que no os lo dijera; pero ahora os lo contaré todo.

ARGÁN.—Primero os azotaré por haber mentido. Luego veremos lo demás.

LUISITA.—¡Perdón, papá!

ARGÁN.—¡No, no!

LUISITA.—No me azotéis.

ARGÁN.—Sí.

LUISITA.—En nombre de Dios, ¡no papá!

ARGÁN *(azotándole)*.—¡Vamos, vamos!

LUISITA.—¡Ay, me habéis herido!

¡Ay, muerta soy! *(Se finge muerta.)*

ARGÁN.—¡Hola! ¿Qué es esto? ¡Luisita, Luisita! ¡Ay, Dios mío, Luisita! ¡Ay, hija mía, pobre y des-graciada hija mía! ¿Qué he hecho, miserable de mí? ¡Perro, látigo!

¡Peste de látigo! ¡Ah, mi pobre hija, mi pobre Luisita!

LUISITA.—No lloréis tanto, papá, que no he muerto.

ARGÁN.—¡Ah embusterial! Bueno, bueno, os perdono.

LUISITA.—¡Sí, sí, papá!

ARGÁN.—Pero andad con ojo, que tengo aquí un dedito que me dirá si mentis.

LUISITA.—Pero no digáis a mi her-mana, papá, lo que os cuente.

ARGÁN.—No, no.

LUISITA.—Pues es, papá, que cuando estaba yo en la habitación de mi hermana vino un hombre.

ARGÁN.—¿Y qué más?

LUISITA.—Le pregunté qué quería y me dijo que era su profesor de canto.

ARGÁN.—¡Ah, ésta es la cosa! ¿Qué más?

LUISITA.—Mi hermana llegó des-pues.

ARGÁN.—¿Y...?

LUISITA.—Y le dijo: "Salid, salid, por Dios, que me ponéis en un desesperado apuro."

ARGÁN.—¿Qué hizo él?

LUISITA.—No quiso irse.

ARGÁN.—¿Y qué la dijo?

LUISITA.—No se cuántas cosas.

ARGÁN.—¿Qué cosas?

LUISITA.—Que la ama así, que la amaba andando y que ella era la más bella del mundo.

ARGÁN.—¿Y después?

LUISITA.—Se arrojó ante ella.

ARGÁN.—¿Y después?

LUISITA.—La besó las manos.

ARGÁN.—¿Y después?

LUISITA.—Y después mamá llegó a la puerta y él huyó.

ARGÁN.—¿Nada más?

LUISITA.—No, papá.

ARGÁN.—Mi dedo meñique gruñe no sé qué. *(Se lo lleva al oído.)*

¿Eh? ¡Ah, sí! ¡Oh, mi dedo meñique me dice que habéis visto algo más que os calláis!

LUISITA.—Vuestro dedo meñique es un mentiroso.

ARGÁN.—¡Cuidado!

LUISITA.—No, papá, no le creáis. Os aseguro que miente.

ARGÁN.—Buen, bien; ya veremos. Idos y andad con cautela en lo que hagáis. ¡Oh, qué hijos! ¡Oh, qué cosas! No tengo tiempo ni de pensar en mi enfermedad. ¡No puedo más! *(Se sienta.)*

ESCENA IX

BERALDO, ARGÁN

BERALDO.—¿Qué tal, hermano? ¿Cómo estáis?

ARGÁN.—Muy mal, hermano.

BERALDO.—¿Muy mal?

ARGÁN.—Tengo una debilidad increíblemente grande.

BERALDO.—Eso es deplorable.

ARGÁN.—No me encuentro con fuerzas ni para hablar.

BERALDO.—Vengo, hermano, a proponeros un marido para mi sobrina Angélica.

ARGÁN (*levantándose de su silla, muy irritado*).—No me habléis de esa

picara, hermano. Es una bribona, una impertinente, una desvergonzada a quien recuiré en un convento de aquí a un par de días.

BERALDO.—Me alegro de que recobréis fuerzas y de que mi visita os sienta bien, como lo juzgo por el vigor con que habláis.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

BERALDO, ARGÁN, TOÑETA

BERALDO.—¿Queréis que tratemos ahora de asuntos serios?

ARGÁN.—Un poco de paciencia, hermano. Vuelvo en seguida.

ARGÁN.—Tienes razón.

ESCENA II

BERALDO, TOÑETA

TOÑETA.—No abandonéis los intereses de vuestra sobrina.

BERALDO.—Haré cuanto sea posible para que consiga lo que desea.

TOÑETA.—Es preciso impedir por todos los medios ese extravagante matrimonio que a mi señor se le ha puesto en la cabeza. Yo había pensado que sería buena ocurrencia traer aquí a un médico elegido por nosotros, que le indispusiera

con el doctor Purgón y vituperase a éste. Pero como no tenemos a nadie a mano para eso, me ha acudido a la mente otro artificio.

BERALDO.—¿Cuál?

TOÑETA.—Una cosa burlesca, que quizá resulte más afortunada que discreta. Dejádme hacer y obrad por vuestra parte. Ya vuelve vuestro hermano.

ESCENA III

BERALDO, ARGÁN

BERALDO.—Permitid que ante todo os pida que no os acaloréis mientras conversamos.

ARGÁN.—De acuerdo.

BERALDO.—Que respondáis sin acritud a las cosas que pueda deciros.

ARGÁN.—Sí.

BERALDO.—Y que razonemos con el ánimo libre de toda pasión.

ARGÁN.—¡Sí, por Dios! ¡Qué largo preámbulo!

BERALDO.—Por qué hermano, temiendo la hacienda que tenéis y no teniendo en cambio más que

una hija, aparte la pequeña, habéis de meterla en un convento?

ARGÁN.—¿Por qué, hermano, daré la casualidad de que sea yo dueño de hacer de mi familia lo que me plazca?

BERALDO.—Vuestra mujer no deja de aconsejaros que os desahagáis de vuestras hijas y su espíritu de caridad se encarnaría viéndolas en un convento.

ARGÁN.—¿A eso llamamos? ¡Ya está mi pobre mujer en juego! Ella es quien obra mal y quien se concita las iras de todos, ¿no?

BERALDO.—No, hermano, y dejemos el tema. Vuestra mujer acaricia las mejores intenciones hacia vuestra familia, no tiene interés alguno, os muestra maravillosa ternura y con vuestras hijas se porta con inconcebibles afecto y bondad. Sobre esto no hay duda. Pero volvamos a lo de vuestra hija. ¿Cómo ha podido ocurrirnos darla en matrimonio al hijo de un médico?

ARGÁN.—Porque quiero, hermano, tener un yerno que me convenga. BERALDO.—Pero no le conviene a vuestra hija, a quien se le presenta un partido más adecuado.

ARGÁN.—Ese es más adecuado para mí.

BERALDO.—Mas el marido de vuestra hija, hermano, ¿ha de ser para ella o para vos?

ARGÁN.—Ha de ser, hermano, para ella y para mí, y quiero introducir en mi familia las personas que me hacen al caso.

BERALDO.—Según esa razón, si vuestra hija pequeña fuese ya mujer, podríais darle por marido un boticario...

ARGÁN.—¿Por qué no?

BERALDO.—¿Es posible que sigáis empernado en vuestros boticarios y médicos y que os empeñéis en estar enfermo a pesar de la gente y de la Naturaleza?

ARGÁN.—¿Cómo entendéis eso, hermano?

BERALDO.—En el sentido de que no hay hombre menos enfermo que vos y de que no quisiera yo más que una constitución como la que estáis y de que vuestro orgánismo se halle en perfecta salud, es que a pesar de todos los cuidados que os habéis tomado, no habéis podido descomponer vuestro recio temperamento y las muchas medicinas que os recetan no han logrado acabar con vos.

ARGÁN.—Sabed, hermano, que eso es lo que me conserva, y que el señor Purgón dice que yo sumabría si pasara tres días sin curarme.

BERALDO.—Pues si no ponéis precaución, tantos cuidados os aplicará que daré con vos en el otro mundo.

ARGÁN.—Razonemos, hermano. ¿No creéis en la medicina?

BERALDO.—No, hermano, ni juzgo necesario creer en ella para conservar la salud.

ARGÁN.—¿No tenéis por verdadera una cosa establecida por todo el mundo y reverenciada por los siglos?

BERALDO.—Lejos de tenerla por verdadera, la considero una de las mayores locuras que prevalecen entre los hombres y, examinando filosóficamente las cosas, no hallo más jocosa farsa ni nada más ridículo que el que un hombre se jacte de curar a otro.

ARGÁN.—¿Por qué, hermano, no ha de poder un hombre curar a otro?

BERALDO.—Por la razón, hermano, de que los resortes de nuestro organismo son un misterio en que los hombres no ven claro hasta ahora, ya que la naturaleza nos ha puesto ante los ojos velos harto espesos para que podamos advertir nada.

ARGÁN.—Así, ¿creéis a los médicos unos ignorantes?

BERALDO.—Sí, hermano. Conocen en su mayoría las Humanidades, sa-

ben hablar en buen latín y nombrar, definir y clasificar en griego todas las cosas, pero en materia de curarlas nada entienden.

ARGÁN.—Convidadéis, empero, en que los médicos, en esa cuestión, entienden más que los otros hombres.

BERALDO.—Entienden lo que os he dicho, que no es apto para hacer muchas curas, y toda la excelentud de su arte consiste en un pomposo baburreo, en una espiciosa charlatanería que da palabras perfraseos y promesas por efectos.

ARGÁN.—Sin embargo, hermano, hay otros hombres tan discretos y sabios como vos, y notad que en sus enfermedades no hay quien no recurra a los médicos.

BERALDO.—Lo que prueba la flaqueza humana y no la verdad de ese arte.

ARGÁN.—Meneister es que los médicos lo crean verdadero, ya que a sí mismos se lo aplican.

BERALDO.—Porque algunos de ellos comparten el error popular de que se aprovechan, como otros lo aprovechan sin compartirlo. Vuestro doctor Purgón, por ejemplo, carece de toda sutileza maligna. Es médico de pies a cabeza, cree en sus reglas más que en todas las demostraciones matemáticas y consideraría crímen poseídas en tela de juicio. Nada en la medicina ve de obscuro, nada de dudoso, nada de difícil: y con impetuoso arrojo, rígida confianza y bruta

lidad que desafia el sentido común y la razón, aplica a manos abiertas purgas y sangrías, sin tener otras cosas en cuenta. No hemos de censurarle lo que os haga, pues os lo prescribió con la mejor fe que le quepa, no efectuando, al momento, sino lo que ha efectuado con su mujer e hijos, como, si ello fuere menester, lo efectuará consigo en persona.

ARGÁN.—Añejo aborrecimiento tenéis por él, hermano. Pero pasemos a lo importante. ¿Qué ha de hacer el que enferma?

BERALDO.—Nada.

ARGÁN.—¿Nada?

BERALDO.—Nada. Reposar. La naturaleza, cuando la dejamos obrar, sale por sí sola del desorden que la turba. Nuestra inquietud e impaciencia son las que lo echan todo a perder. Casi todos los hombres mueren víctimas de las medicinas y no de las enfermedades.

ARGÁN.—Estaréis de acuerdo, hermano, con que cabe ayudar a la naturaleza con algunos medios.

BERALDO.—Ideas abstractas con que nos gusta lisonjearnos son esas. En todos los tiempos se han desahogado entre los hombres hermosas fantasías que acabamos creyendo porque nos halagan y porque quisieramos que fuesen verdaderas. Los médicos hablan de ayudar, socorrer y aliviar a la naturaleza, quitándole lo que la perjudica y dándole lo que la beneficia, y así platican respecto a corregir la sangre, templar los intestinos y el cerebro, descongestionar el bazo, mejorar el pecho, tonificar el hígado, fortificar el corazón, restablecer y conservar el calor natural y tener secretos para extender largamente la duración de la vida. Cuando esto dicen, hermano, os cuentan una novela: la de la medicina. Pero, al llegar a la verdad y la experiencia, no se encuentra nada de eso, como sucede con los sueños hermosos, que al despertar sólo os dejan el desplacer de haberlos creído verdaderos.

ARGÁN.—O sea que toda la ciencia del mundo se contiene en vuestra cabeza y que vos sabéis más que todos los grandes médicos de nuestro siglo.

BERALDO.—Esos grandes médicos son distintos en sus discursos y en sus obras. Hablábamos en lo que hablaban, resultan ignorantisimos en lo que hacen.

ARGÁN.—Gran doctor sois, a lo que veo, y mucho me placiera que estuviere aquí un médico para rebatir vuestras razones y haceros bajar el gallo.

BERALDO.—No me dedico a combatir la medicina, y cada uno, por su cuenta y riesgo, puede creerla tanto como se le antoje. Os hablo en confianza y sólo con miras a sacaros del error en que estáis. Paralelo, y para divertirlos, place-trámame que vinieseis a ver conmigo alguna comedia de Molière.

ARGÁN.—¡Buena impertinente es ese Molière con sus comedias! ¡Ocurriese burlarse de hombres tan honrados como los médicos!

BERALDO.—No se hulla de ellos, sino de la ridiculidad de la medicina. ARGÁN.—¿Quién es él para meterse a gobernar la medicina? Gran necio e impertinente os digo que le juzgo cuando le veo burlarse de consultas y recetas, atacar a la médica corporación y llevar a las tablas tan respetables señores.

BERALDO.—¿Qué queréis que lleve sino las diversas profesiones humanas? A diario se hacen salir en las comedias reyes y príncipes, que son de tan buena casa como los médicos.

ARGÁN.—¡Voto al diablo que si yo fuese los médicos me vengaría de su impertinencia y cuando estuviese enfermo le dejaría morir sin socorro! Ya podría él decir y redecir, que no le prescribiera ni una mala sangría o lavativa menuda,

y diríale: "Revienta y eso te enseñará a volver a burlarte de los doctores."

BERALDO.—Muy colérico estáis contra él.

ARGÁN.—Sí, porque es un indiscreto, y los médicos unos sabios, digase lo que se diga.

BERALDO.—Pues creo que él será más sabio que los médicos y que no les pedirá auxilio alguno.

ARGÁN.—Si no apela a las medicinas, tanto peor para él.

BERALDO.—Tiene sus razones para no quejarse y afirmar que el sermarías no es viable sino para la gente joven y robusta, capaz de soportar a la vez la enfermedad y los remedios, mientras él solo posee fuerzas para resistir la enfermedad.

ARGÁN.—¡Oh, sandia razón! Oíd, hermano: no hablemos más de ese hombre, porque ello me revuelve la bilis y me causaría mal.

BERALDO.—De acuerdo, hermano, y cambiando de conversación, os diré que una ligera repugnancia que vuestra hija muestre a casarse no debe conducirnos a la violenta resolución de llevarla a un convento. Al escoger un yerno no debéis dejaros arrastrar ciegamente por la pasión y habéis de acomodaros un tanto a la inclinación de vuestra hija, puesto que se trata de cosa para toda la vida y de esa inclinación depende la felicidad en el matrimonio.

ESCENA IV

Los mismos y FLEURANT, con una jeringa en la mano

ARGÁN.—Con vuestro permiso, hermano mío.

BERALDO.—¿Qué queréis hacer?

ARGÁN.—Tomar una lavativa. Es cosa de un momento.

BERALDO.—¿No sabéis estar ni un

minuto sin lavativas o medicinas? Dejadlo para otra ocasión y descanad.

ARGÁN.—Señor Fleurant, lo haremos esta noche o mañana por la mañana.

FLEURANT (*a Beraldo*).—¿Cómo osáis oponeros a las prescripciones médicas e impedir al señor que tome mi clíster? ¡Inaudito atrevimiento es ése!

BERALDO.—Se ve que no estáis habituado a hablar con gente de buen juicio.

FLEURANT.—No es admisible burlarse así de los remedios ni hacerme perder el tiempo. He venido con buen fin y diré al doctor Purgón que se me ha impedido ejecutar sus órdenes y cumplir mi función. Ya veréis, ya veréis...

ESCENA V

Purgón, Beraldo, Argán, Toñeta

Purgón.—¡Buenas noticias he oído en la puerta! Parece que aquí se chancocan de mis prescripciones y se niegan a tomar los remedios que receto.

ARGÁN.—No es eso... Purgón.—¡Grandiosa audacia, y singular rebelión de un paciente contra su médico!

TOÑETA.—¡Es espantoso! Purgón.—¡Una lavativa que yo mismo había compuesto!

ARGÁN.—No fui yo quien... Purgón.—Y que preparé con todas las reglas del arte.

TOÑETA.—El señor ha hecho mal. Purgón.—Y que debía producir maravilloso efecto en los intestinos.

ARGÁN.—¿Veis, hermano? Purgón.—¡Rechazar mi clíster con desprecio!

ARGÁN.—Fue mi... Purgón.—Es un acto exorbitante. TOÑETA.—De seguro.

ARGÁN.—Hermano mío, vais a causar alguna desgracia.

BERALDO.—La gran desgracia de no tomar una lavativa prescriba por el señor Purgón. Os repito lo mismo, hermano: ¿no es posible curaros de la enfermedad de los médicos? ¿Queréis pasaros la vida abrumado bajo sus remedios?

ARGÁN.—¡Dios mío! Vos habláis, hermano, como hombre sano que sois. Si estuviereis en mi lugar os expresaría de otro modo. Fácil es hablar contra la medicina cuando se goza de plena salud.

BERALDO.—¿Pues qué mal tenéis?

ARGÁN.—Me desespearis. ¿Suistera que padeciésteis mi mal vos, para que vierais... ¡Ah! Mirad al doctor Purgón.

Purgón.—Un enorme atentado contra la medicina.

ARGÁN.—La culpa... Purgón.—Sí; un crimen de lesa medicina para el que todos los castigos son pocos.

TOÑETA.—Tenéis razón. Purgón.—Os declaro que rompo todo trato con vos.

ARGÁN.—Pero es mi hermano quien... Purgón.—No quiero más relaciones con vos.

TOÑETA.—Hartéis bien. Purgón (*desgarrando un papel*).—Para concluir todos nuestros tratos, ved lo que hago con la donación que había otorgado a mi sobrino en virtud de su casamiento.

ARGÁN.—Toda la culpa es de mi hermano.

Purgón.—¡Despreciar mi lavativa! ARGÁN.—Envidadme, que me la pondré.

PURGÓN.—¡Cuán pronto os hubiera yo sacado de males!

TOÑETA.—No lo merece.

PURGÓN.—Iba a limpiar vuestro cuerpo y a haceros evacuar enteramente todos vuestros malos humores.

ARGÁN.—¡Ah, hermano!

PURGÓN.—Una docena más de medicamentos y hubierais echado las últimas heces.

TOÑETA.—Es indigno de vuestras atenciones.

PURGÓN.—Pero ya que no habéis querido que os curara...

ARGÁN.—La culpa no es mía.

PURGÓN.—Puesto que os habéis subtraído a la obediencia que al médico se debe...

TOÑETA.—Eso clama venganza.

PURGÓN.—Puesto que os declaráis rebelde a los remedios que os prescribe...

ARGÁN.—No, no.

PURGÓN.—He de deciros que os abandono a vuestra mala constitución, a la destemplanza de vuestras extriñas, a la corrupción de vuestra sangre, a la acritud de

vuestra bilis y a la feculencia de vuestros humores.

TOÑETA.—¡Muy bien hecho!

ARGÁN.—¡Dios mío!

PURGÓN.—Y sentencio que antes de que pasen cuatro días os tomaréis incurable.

ARGÁN.—¡Misericordia!

PURGÓN.—Cacéris en la bradipepsia.

ARGÁN.—¡Señor Purgón!

PURGÓN.—De la bradipepsia en la dispepsia.

ARGÁN.—¡Señor Purgón!

PURGÓN.—De la dispepsia en la apepsia.

ARGÁN.—¡Señor Purgón!

PURGÓN.—De la apepsia en el estreñimiento.

ARGÁN.—¡Señor Purgón!

PURGÓN.—Del estreñimiento en la disentería.

ARGÁN.—¡Señor Purgón!

PURGÓN.—De la disentería en la hidropesía.

ARGÁN.—¡Señor Purgón!

PURGÓN.—Y de la hidropesía en la privación de la vida, a lo que os habrá conducido vuestra locura.

ESCENA VI

ARGÁN, BERALDO

ARGÁN.—¡Dios, muerto soy! ¡Me habeis perdido, hermano!

BERALDO.—¿Qué os pasa?

ARGÁN.—Noto que ya empieza la venganza de la medicina. ¡No puedo más!

BERALDO.—A fe, hermano, que estáis loco y que no quisiera por nada del mundo veros hacer lo que hacéis. Os ruego que os reportéis, que volváis en vos y que no deis tanto pábullo a vuestra imaginación.

ARGÁN.—¿No oísteis, hermano, las extrañas enfermedades con que Purgón me amenzó?

BERALDO.—No seáis simple.

ARGÁN.—Ha dicho que antes de cuatro días me habrá tornado incurable.

BERALDO.—¿Y qué? ¿Es Purgón algún oráculo? Diríase que él tiene en sus manos el hilo de vuestra vida y que con autoridad suprema lo alarga o acorta a su placer. Pensad que los principios de vuestra existencia están en vos mismo y que el enojo de Purgón es tan poco capaz de haceros morir como sus remedios de haceros vivir. Buena coyuntura se os presenta de desembarazaros de los médicos,

y, si sin ellos os es imposible pasar, de elegir otro con quien corráis un riesgo menor.

ARGÁN.—Mi hermano conoce sin duda todo mi temperamento y el modo como es menester gobernarle.

BERALDO.—Ha de confesarse que sois harto apensativo y que miráis las cosas con extraños ojos.

ESCENA VII

Los mismos y TOÑETA

TOÑETA.—Señor: un médico solicita veros.

ARGÁN.—¿Qué médico?

TOÑETA.—Un médico de la medicina.

ARGÁN.—Digo que quién es.

TOÑETA.—No le conozco, pero se me parece como una gota de agua a otra gota; y tanto que si no hubiese mi madre sido honrada, diría yo que que era el tal un hermano que se me había dado después de morir mi padre.

ARGÁN.—Hazle entrar.

BERALDO.—Servido estáis a maravilla: a un médico os abandona y otro se os presenta.

ARGÁN.—Mucho temo que seáis causa de alguna desgracia.

BERALDO.—¿Otra vez?

ARGÁN.—Tengo clavadas en el alma todas esas enfermedades que no conozco.

ESCENA VIII

TOÑETA, disfrazada de médico, ARGÁN, BERALDO

TOÑETA.—Señor, consentid en que os visite y os ofrezca mis humildes servicios para todas las sangrias y purgaciones que hayáis menester.

ARGÁN.—Os quedo muy agradecido, señor. ¡A fe que parece Toñeta en personal!

TOÑETA.—Señor, os ruego que me excuséis, porque he olvidado dar un encargo a mi espolique. Vuelvo en seguida.

ARGÁN.—¿No se diría que es la misma Toñeta?

BERALDO.—La semejanza es muy grande; pero no es la primera vez que se ven esta clase de cosas, y las historias abundan en tales coincidencias.

ARGÁN.—Estoy muy sorprendido y...

ESCENA IX

ARGÁN, BERALDO, TOÑETA *(Esta se ha quitado tan de prisa su ropón de médico que resulta difícil creer que sea ella misma la que vino disfrazada)*

TOÑETA.—¿Qué queréis, señor?

ARGÁN.—¿Cómo?

TOÑETA.—¿No me llamasteis?

ARGÁN.—¿Yo? No.

TOÑETA.—Deben haberme engañado los oídos.

ARGÁN.—Quédate para notar mejor tu semejanza con ese médico.

TOÑETA.—Tengo trabajo y le he visto de sobra.

ARGÁN.—De no ver a los dos me parecerían el mismo.

BERALDO.—He leído cosas pasmosas sobre tal clase de semejanzas y en nuestra época hemos visto una que a todos engañaba.

ARGÁN.—Pues yo me habría engañado en ésta y jurado que era la misma.

ESCENA X

TOÑETA, vestida de médico, ARGÁN, BERALDO

TOÑETA.—Os pido sincero perdón de mi momentánea ausencia.

ARGÁN.—¡Oh, admirable parecido!

TOÑETA.—Espero que os plazca no encontrar mal la curiosidad que he tenido de visitar a enfermo tan ilustre como vos. Vuestra reputación, que por doquier se extiende, puede excusar la libertad que me tomo.

ARGÁN.—Tenedme, señor, por ser vitor vuestro.

TOÑETA.—Noto que me miráis muy fijamente. ¿Qué edad me atribuis?

ARGÁN.—Creo que tendréis, a lo sumo veintiséis o veintisiete años.

TOÑETA.—¡Ja, ja, ja! Tengo noventa.

ARGÁN.—¿Noventa?

TOÑETA.—Sí. Es efecto de los secretos de mi arte el conservarme lozano y vigoroso.

ARGÁN.—Por mi fe que para noventa años estáis muy bien y muy joven.

TOÑETA.—Soy médico ambulante, que voy de ciudad en ciudad, de

ARGÁN.—Mucho os agradezco, señor, las bondades que mostráis conmigo.

TOÑETA.—¡A ver vuestro pulso! Ya haremos que marche como debe. Ea, os dejaré como nuevo. Este pulso se muestra impertinente, pero sostéase, pulsillo, que aún no me conocéis. ¿Quién es vuestro médico, señor?

ARGÁN.—El doctor Purgón.

TOÑETA.—¿Purgón? No figura su nombre entre los grandes médicos de mis registros. ¿De qué dice que estáis enfermo?

ARGÁN.—Del hígado.

TOÑETA.—¡Oh, ignorante! De lo que adolecéis es del pulmón.

ARGÁN.—¿Del pulmón?

TOÑETA.—Sí. ¿Qué soléis sentir? ARGÁN.—Dolores de cabeza de vez en cuando.

TOÑETA.—Justo: el pulmón.

ARGÁN.—A veces me parece tener un velo ante los ojos.

TOÑETA.—El pulmón.

ARGÁN.—Y noto dolores en el corazón, en ocasiones.

TOÑETA.—El pulmón.

ARGÁN.—Lasitud en todos los miembros.

TOÑETA.—El pulmón.

ARGÁN.—Y a veces dolores de vientre, como si me asaltase un cólico.

TOÑETA.—El pulmón. ¿Coméis con apetito?

ARGÁN.—Sí, señor.

TOÑETA.—El pulmón. ¿Os gusta beber un poco de vino?

ARGÁN.—Sí, señor.

TOÑETA.—El pulmón. ¿No os acomete somnolencia después de comer y no os huelga entonces dormir?

ARGÁN.—Sí, señor.

TOÑETA.—El pulmón, os digo que el pulmón. ¿Qué régimen alimenticio os prescribe vuestro médico?

ARGÁN.—Patates.

TOÑETA.—¡Ignorante!

ARGÁN.—Volateria.

TOÑETA.—¡Ignorante!

ARGÁN.—Temera.

TOÑETA.—¡Ignorante!

ARGÁN.—Caldos.

TOÑETA.—¡Ignorante!

ARGÁN.—Huevos frescos.

TOÑETA.—¡Ignorante!

ARGÁN.—Por la noche ciruelas pasas para laxar el vientre.

TOÑETA.—¡Ignorante!

ARGÁN.—Sobre todo me recomienda que beba el vino muy agnado.

TOÑETA.—*Ignorantius, ignorantia, ignorantium.* Habéis de beber el vino puro y para especiar vuestra sangre, que es muy clara, debéis comer buena buer, buen queso, buen queso de Holanda, pan de flor, arroz, castañas y barquillos, a fin de aglutinar y unir. Vuestro médico es un torpe. Yo os mandaré uno bien escogido y yo mismo os visitaré de vez en cuando, mientras esté en la ciudad.

ARGÁN.—Os lo agradezco mucho.

TOÑETA.—¿Para qué diantre queréis este brazo?

ARGÁN.—¿Dh?

TOÑETA.—En vuestro lugar me lo haría amputar muy luego.

ARGÁN.—¿Por qué?

TOÑETA.—Porque atrae a sí toda la nutrición e impide a este lado que la aproveche.

ARGÁN.—Pero el brazo me es necesario.

TOÑETA.—También tenéis un ojo derecho que yo, en vuestro lugar, me haría extraer.

ARGÁN.—¿Extraer un ojo?

TOÑETA.—¿No veis que incomoda al otro y le roba su sustento? Crede-me y hacedlo sacar pronto; así veréis mejor con el ojo izquierdo.

ARGÁN.—Eso no es urgente.

TOÑETA.—Adios. Lamento dejaros tan pronto, pero he de asistir a una gran junta médica que se hace a propósito de un hombre que murió ayer.

ARGÁN.—¿A propósito de un hombre que murió ayer?

TOÑETA.—Sí, para ver qué pudiera haberse hecho a efecto de curarle. Hasta la vista.

ARGÁN.—Excusad que no os acom-
pañe a la puerta. Ya sabéis que
se dispensa de ello a los enfermos.
BERALDO.—En verdad este médico
me parece muy experto.
ARGÁN.—Sí, pero se apresura dema-
siado.

BERALDO.—Todos los grandes médi-
cos son así.
ARGÁN.—¡Corriame un brazo y sa-
carne un ojo en beneficio de los
que queden! Prefiero que no se
beneficien tanto y no verme man-
co y tuerto.

ESCENA XI

TOÑETA, ARGÁN, BERALDO

TOÑETA.—¿Sabéis, señor, que estoy
enfadada?

ARGÁN.—¿Qué os pasa?

TOÑETA.—¡Pues no me quería to-
mar el pulso ese médico!

ARGÁN.—¡Parece mental! ¡a los no-
venta años!

BERALDO.—Oíd, hermano: pueste
que Purgón ha reñido con vos,
¿me dejáis que os hable del par-
tido que a vuestra hija se le ofre-
ce?

ARGÁN.—No, hermano. La recluire
en un convento, ya que se ha
opuesto a mi voluntad. Ya veo
que en el fondo de esto hay un
amortío, y he descubierto cierta
entrevista secreta que nadie sabe
que yo conozco.

BERALDO.—Y aunque hubiese alguna
inclinacioncilla, ¿sería ello ofen-
sivo y criminal? No, si tiende a
cosa honesta, como el casamiento.
ARGÁN.—En todo caso, hermano,
Angélica será religiosa. Es cosa
resuelta.

BERALDO.—Lo hacéis por complacer
a alguien.

ARGÁN.—Os entiendo. Volvéis siem-
pre a lo mismo. Tenéis atavesada
en el alma a mi mujer.

BERALDO.—Cierto es, hermano. Si
he de hablar con franqueza, a
vuestra mujer me refiero, y así
como no sufro vuestra obstinación
en la medicina, tampoco sufro lo
obstinado que estáis con vuestra

esposa, y no puedo ver con pa-
ciencia que os precipitéis de ca-
beza en cuantas asechanzas os
tiende.

TOÑETA.—No habléis de la señora,
señor. Es mujer irrepachable, mu-
jer sin artificio, mujer sobre cuyo
amor por el señor no hay nada
que decir.

ARGÁN.—¿Cuéntale cómo me halaga.

TOÑETA.—Es verdad.

ARGÁN.—La inquietud que mi en-
fermedad le causa.

TOÑETA.—Justamente.

ARGÁN.—Los cuidados y penas que
se toma por mí.

TOÑETA.—Exacto. *(A Beraldo.)*

¿Queréis que ahora mismo os con-
venza de cómo la señora ama al
señor? Dejádme, señor, que mus-
tre a vuestro hermano su desco-
nocimiento y yerro.

ARGÁN.—¿Cómo?

TOÑETA.—La señora vuelve ahora.

Extendeos en vuestro sillón, fin-
giendo estar muerto. Veréis cuán-
to será su dolor cuando yo le dé
esa nueva.

ARGÁN.—Consiento.

TOÑETA.—Pero no la tengáis mucho
tiempo en su congija, porque po-
dría costarle la vida.

ARGÁN.—No te inquietes y déjame
hacer.

TOÑETA *(a Beraldo)*.—Ocultaos en
ese rincón.

ARGÁN.—¡No habrá algún peligro
en fingirse muerto?

TOÑETA.—No. ¿Qué peligro puede
haber? Tendeos, tendeos. *(Alarga
el respaldo extensible del sillón y*

ESCENA XII

Los mimos y BELINA

TOÑETA *(llorando)*.—¡Ay, Dios mío,
qué desgracia! ¡Qué horrible ac-
cidente!

BELINA.—¿Qué ocurre, Toñeta?

TOÑETA.—¡Ay, señora!

BELINA.—¿Qué hay?

TOÑETA.—Vuestro esposo ha muerto.

BELINA.—¿Muerto?

TOÑETA.—¡Ay, sí! El pobre difunto
ha fallecido.

BELINA.—¿De verdad?

TOÑETA.—De verdad. Nadie lo sa-
be aún, porque yo estaba sola
cuando se produjo el caso. El se-
ñor acaba de morir entre mis bra-
zos. Vedlo tendido en su sillón.

BELINA.—¡Llorido sea el cielo, que
de tan gran carga me literal! ¡Cuán
lontana eres, Toñeta, afligiéndote de
esta muerte!

TOÑETA.—Cree, señora, que era oca-
sion de llorar.

BELINA.—¡Bah, no merece la penal-
¿Qué se pierda con él y de qué
servía en la Tierra? Un hombre
molesto para todos, sucio, desagra-
dable, siempre con una medicina
o una lavativa en el vientre, so-
nándose, tosiendo, escupiendo sin
cesar, sandio, enfadoso, malhumo-
rado, incomodando de continuo a
la gente y gruñendo siempre a
criados y criadas.

TOÑETA.—¡Hermosa oración fúne-
bre!

BELINA.—Debes, Toñeta, ayudarme a
ejecutar mi designio. Da tu recom-

pena por segura. Puesto que por

fortuna nadie ha advertido el lan-
che aún, llevemos al muerto a su
lecho, y ocultemos su fallecimien-
to hasta que yo haya ejecutado
cierto asunto. Hay un dinero y
papeles de que necesito apoderar-
me, pues no es justo que haya
pasado yo sin fruto mis mejores
años junto a este hombre. Ante
todo, Toñeta, apoderémonos de
sus llaves.

ARGÁN *(levantándose de repente)*.—

¡Más despacio!

BELINA *(sorprendida y espantada)*.—

¡Ay!

ARGÁN.—¿Con que así me amáis,
señora?

TOÑETA.—¡Ah, el difunto no ha
muerto!

ARGÁN *(a Belisa, que sale)*.—Mucho
me huelgo de ver vuestro cariño
y de haber escuchado el buen pa-
negriico que hicisteis de mí. ¡Opor-
tuno aviso al lector y aviso que
me hará discreto para el porvenir
y me impedirá efectuar muchas
cosas que...!

BERALDO *(saliendo)*.—Ya veis, her-
mano.

TOÑETA.—A fe que nunca hubiera
yo creído esto. Mas oigo llegar a
vuestra hija. Poneos como esta-
bais y oigamos lo que ella dice al
creeros muerto. No estorba saber
cuales son los sentimientos de la
familia, y así, pues habéis co-
menzado, continuad.

ESCENA XIII

ANGÉLICA, ARGÁN, TOÑETA, BERBALDO

TOÑETA (*llorando*).—¡Oh, cielos, qué horror! ¡Qué aciago día!
ANGÉLICA.—¿Qué te pasa, Toñeta?
¿Por qué lloras?
TOÑETA.—¡Ay, qué triste noticia tengo que daros!
ANGÉLICA.—¿Cuál?
TOÑETA.—Vuestro padre ha muerto.
ANGÉLICA.—¿Muerto mi padre, Toñeta?
TOÑETA.—Sí, vedlo ahí. Ha muerto

ha poco, de una debilidad que le asaltó.

ANGÉLICA.—¡Oh, cielos, qué infortu-
nio, qué golpe cruel! ¡Ay! ¿Por
qué he de perder a mi padre, lo
único que me quedaba en el mun-
do? Y, para acrecer mi desespera-
ción, le pierdo en un momento en
que estaba arriado conmigo. ¿Qué
será de mí? ¡Ah, qué desgraciada
soy! ¿Qué consuelo encontraré a
tan gran pérdida?

ESCENA XIV Y ÚLTIMA

CLEANTO, ANGÉLICA, ARGÁN, TOÑETA, BERBALDO

CLEANTO.—¿Qué tenéis, bella Angé-
lica, y por qué lloráis?
ANGÉLICA.—¡Lloro porque he perdido
lo más valioso y querido para mí
en la vida; lloro la muerte de mi
padre.
CLEANTO.—¡Dios mío, qué desastre y
qué inopinado golpe! ¡Precisamen-
te cuando había rogado yo a vues-
tro tío que hablase en mi favor!
Ahora venía yo a tratar, con mis
respetuosas súplicas, de que incli-
nase su corazón a acceder a mis
deseos.
ANGÉLICA.—¡Ay, Cleanto, no hablé-
mos de nada ya! Dejemos de pen-
sar en nuestra boda. Después de
perder a mi padre, renuncio al
mundo para siempre. Sí, padre
mío: pues que tanto resistí a vues-
tros propósitos, quiero al menos
cumplir uno y reparar con eso el
disgusto que pude daros. Mi pa-
labra de ello os empeño, padre
mío, y quiero besaros para tes-
timonar mi sentimiento.

ARGÁN (*levantándose*).—¡Ah, hija
mía!

ANGÉLICA (*espantada*).—¡Ay!

ARGÁN.—Ven y no temas, no he
muerto. Tú eres de mi sangre, tú
eres mi verdadera hija y estoy
satisfechísimo de haber visto tu
buena natural.

ANGÉLICA.—¡Oh, padre mío, qué
agradable sorpresa! Ya que el cie-
lo, con extrema felicidad, os de-
vuelve a mí, permitidme que me
arroje a vuestros pies para supli-
caros una cosa. Si no sois favo-
rable a las inclinaciones de mi co-
razón y me rehusáis a Cleanto por
esposo, concededme al menos que
no haya de casarme con otro. Es
la única gracia que os pido.

CLEANTO (*arrodillándose*).— Señor,
dejos convencer por sus súplicas
y las mías, y no os mostréis con-
trario al mutuo anhelo de una tan
dulce atracción.

BERBALDO.—¿Seréis capaz de negaros,
hermano mío?

TOÑETA.—Seréis, señor, insensible a
tanto amor?
ARGÁN.—Si Cleanto se hace médico,
consiento en la boda. Sí, haceros
médico y os daré la mano de mi
hija.

CLEANTO.—Con gusto, señor. Si sólo
de ello depende ser vuestro yer-
mo, me haré médico, e incluso
boticario. Poca cosa es ésa cuan-
do tantas emprendería yo con tal
de obtener a la bella Angélica.

BERBALDO.—Un pensamiento se me
ocurre, hermano mío: que os ha-
gáis médico vos mismo. Aun os
sería mayor comodidad tener en
vos cuanto os fuere menester.

TOÑETA.—Cierto, Ese será el verda-
dero medio de curaros pronto,
porque no hay enfermedad tan
audaz que se burle de la persona
de un médico.

ARGÁN.—Creo, hermano, que os bur-
láis de mí. ¿Estoy acaso en edad
de estudiar?

BERBALDO.—¡Bah, estudiar! Harlo sa-
bio sois y conozco muchos médi-
cos menos inteligentes que vos.

ARGÁN.—Pero hay que saber bien el
latín, conocer las enfermedades y
entender qué remedios se han de
preparar.

BERBALDO.—En teniendo el topón y
birrete de médico aprenderéis a
todo eso y seréis aún más diestro
de lo que queráis.

ARGÁN.—¿Es que se saben discer-
nir las enfermedades cuando se
reviste ese hábito?

BERBALDO.—Sí. En cuanto se habla
osentando toga y birrete todo
charlatanismo se trueca en sabiduría y toda necesidad se convierte
en razón.

TOÑETA.—Además, señor, aunque
sólo fuese por la barba que usáis,
ya tendríais mucho adelantado;
que la barba en este siglo hace
la mitad de un médico.

CLEANTO.—En cualquier caso, yo es-
toy dispuesto a todo.

BERBALDO.—¿Queréis que se haga el
asunto ahora?
ARGÁN.—¿Ahora?
BERBALDO.—Y en vuestra casa.

ARGÁN.—¿En mi casa?
BERBALDO.—Sí. Tengo en una Facul-
tad muchos amigos, que vendrán
muy luego y celebrarán la cer-
monia de doctoraros en vuestra
sala, sin que nada os cueste.

ARGÁN.—Pero, ¿qué diré y qué res-
pondere?

BERBALDO.—Se os instruirá en pocas
palabras y se os dará por escrito
lo que debéis contestar. Id a po-
neros un vestido decente, que yo
entre tanto llamaré a mis amigos.

ARGÁN.—Bien: veamos lo que sale
de aquí.

CLEANTO.—¿Qué queréis significar
con esa Facultad de amigos vues-
tros?

TOÑETA.—¿Qué designios tenéis?
BERBALDO.—Divertirnos esta noche.
Ciertos comediantes han hecho un
entremés relativo a la recepción
de un doctor en medicina, con
danzas y música, y quiero que
nosotros tengamos ese esparci-
miento y que sea protagonista de
él mi hermano.

ANGÉLICA.—Me parece, tío, que os
motáis de mi padre un tanto en
exceso.

BERBALDO.—Me parece, sobrina, que
no es moñate el plegarnos a sus
fantasías. Todo esto no saldrá de
entre nosotros. Podemos cada uno
interpretar un personaje y así nos
ofreceremos comedia mutuanmen-
te. El carnaval, que ahora em-
pezaríamos todo con presteza.

CLEANTO (*a Angélica*).—¿Consentís?
ANGÉLICA.—Sí, puesto que mi tío
consiente.

ENTREMÉS

Recitado, cantado y bailado, representando la ceremonia burlesca de la recepción de un médico

(Varios tapiceros entran para decorar la sala y colocar los bancos, lo que hacen a compás de la música. Entra la concurrencia y ocupan sus puestos según sus rangos. La componen ocho portateringos, seis boticarios, veintidós doctores, el candidato a médico, ocho sirvientes bailarines y dos cantantes.)

Pues que es nuestra sapientiae, Boni sensus atque prudentiæ De arduamente laborare A nos bene conservare. In tali credito, boga et honore, Et tomare gardam a non receive In nostro docto corpore Quam personas capabiles Et totas dignas de llenar Has locus honorabiles.

Praeses:

Sapientissimi doctores, Medicinæ professores, Qui hic assenblati estis, Et vos, altri seniores, Sententiarum Facultatis Fideles executores, Chirurgiani et bothicari Atque tota ista compania, Salut, honor et argentum, Atque bonum appetitum.

Et credo quod trovabitis Dignam manteram medici In este sapienti homine, El cual, in chois omnibus, Dono ad interrogandum, Y a fondo examinandum Vostis capacitatibus.

PRÆTUS DOCTOR:

Si mihi lincenciam dat Dominus

Non possum, docti Confreri, Yo satis admirari Quails bona inventio Est medici professio, Quam bella cosa est, et bene trovata, Medicina illa benedicta, Quae suo nomine solo, Sorprendenti miraculo, Desde tan longo tempore, Facti in hulgura vivere A tanta gente omni genere.

Y tanti docti Doctores, Y asistentes iustres, Muy papienti Bacheliéro, Quem estimo et honoro, Demandabo causam et rationem Opium facit dormire. [quare

BOCHNELERUS:

Per totam terram videmus Grandam vogram ubi sumus, El quod grandes et petiti Sunt de nublis infatuti, Totus mundus currens ad nostros remedios.

Mihi a docto doctore Demandatur causam et rationem [quare

Nos regadat sicut Deos; Et nostris ordonanciis Principes et reges sumisos videtis.

Nos regadat sicut Deos; Et nostris ordonanciis Principes et reges sumisos videtis.

Opium facit dormire: A que respondeo, Que hay in eo Virtus dormitiva, Cujus est natura Sensus embolare.

CHORUS:

Bene, bene, bene, bene respondere. Dignus, dignus est entrare In nostro docto corpore.

QUARTUS DOCTOR:

Super illas maladias Doctus Bachellerus dixit maravillas: Mas si no os enojo, Dominum Praesidem, [isdem,

SECUNDUS DOCTOR:

Cum permissione Domini Praesidi, Doctissimae Facultatis, Et totius his nostris actis Companiae assistantis, Demandabo tibi, docte Bacheliere, Quae sunt remedia Quae in maladia Dicha hydropisia Convenit facere.

Doctissimam Facultatem, Et totam honorabilem Companiam euchaem, Faciam illi unam questionem. De hieto maladus unus Tombavit in meas manus: Habet gradam fierem cum reddobla- [intemos,

BACHELLERUS:

Clysterium donare, Postea sangrare, Y luego purgare.

BACHELLERUS:

Clysterium donare, Postea sangrare Y luego purgare.

CHORUS:

Bene, bene, bene, bene respondere. Dignus, dignus est entrare In nostro docto corpore.

QUINTUS DOCTOR:

Terminus doctor: Si bonum semblantur Domino Praesidi, Doctissimae Facultati, Et companiae pressenti, Demandabo tibi, docte Bacheliere, Quae remedio eticis, Pulmonicis, atque amaticis, Hallas idóneo facere.

Mas si maladia Testarudadia Non vult si curare, Quid illi facere?

BACHELLERUS:

Clysterium donare, Postea sangrare Y luego purgare.

CHORUS:

Bene, bene, bene, bene respondere. Dignus, dignus est entrare In nostro docto corpore.

CHORUS:

Bene, bene, bene, bene respondere. Dignus, dignus est entrare In nostro docto corpore.

Juras gardare statuta Per Facultatem praescripta Cum sensu y discernimientos?

BACHELIERUS:

Juro.

PRAESES:

Y ser, in omnibus
Consultationibus,
Ancient aviso,
Aut bono,
Aut malo?

BACHELIERUS:

Juro.

PRAESES:

Y de nunca te servire
De remediis algunos
Salvo los de la doctae Facultatis,
Aunque enfermus revertantur
Et mori de suo male?

BACHELIERUS:

Juro.

PRAESES:

Ego, cum isto boneto
Venerabili et docto
Dono tibi et concedo
Virtutem et puissanciam
Medicandi,
Purgandi,
Sangrandi,
Rajandi,
Tajandi

Cortandi,
Et matandi
Impune per totam terram.

(*Todas los cirujanos y boticarios
acuden a hacer reverencia al apro-
bado, al son de la música.*)

BACHELIERUS:

Grandes doctores doctissime
Del rufibarbous y del sen,

CHIRURGUS:

Y que toti anni
Séanté siempre boni
Et favorabiles,
Y que nunca tenga
Quam pestas, verolias,
Fiebras, pleuresias
Flexus de sangre, ni dyssepterias.

CHORUS:

Vivat, vivat, vivat y cien veces vivat
Novus Doctor, qui tam bene par-
[lat]
Mil y mil annis comed y bibat,
Y sangrad, y matad.

FIN DE "EL ENFERMO IMAGINARIO"

Natura et pater meus
Hominis me habent factum:

Mas vos, y es mucho más,
Me habetis facti medicum,

Honor, favor et gratia
Qui a este corazón
Dan reconocimiento
Qui durará in secula.

CHORUS:

Vivat, vivat, vivat y cien veces vivat
Novus Doctor, qui tam bene par-
[lat]
Mil y mil annis comed y bibat,
Y sangrad, y matad.

(*Todas los cirujanos y boticarios
danzan al son de las voces, los
instrumentos, los aplausos a com-
pas y el golpear de morteros de
botica.*)

CHIRURGUS:

Así vea doctas
Suas ordonnancias
Omnium chirurgorum
Et apothiquarum
Llenar sus boticas!

CHORUS:

Vivat, vivat, vivat y cien veces vivat
Novus Doctor, qui tam bene par-
[lat]
Mil y mil annis comed y bibat,
Y sangrad, y matad.

INDICE

PRÓLOGO	VII
TARTUFO	1
Acto Primero	3
Acto II	10
Acto III	18
Acto IV	25
Acto V	32
EL BURGUÉS GENTILHOMBRE	41
Acto Primero	43
Acto II	43
Acto III	56
Acto IV	72
Acto V	79
EL MISANTROPO	85
Acto Primero	85
Acto II	91
Acto III	102
Acto IV	108
Acto V	114
EL ENFERMO IMAGINARIO	123
Acto Primero	123
Acto II	133
Acto III	145
Entremés	158

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR